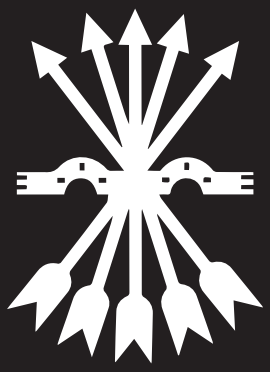
NOSOTROS

EN MARCHA

CUARTA ÉPOCA | AÑO I | NÚMERO 1 | PRIMAVERA-VERANO | 2024 | PVP 8 €



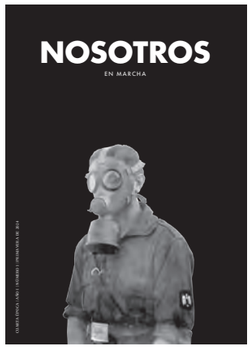
NOSOTROS

EN MARCHA

España en marcha

Nosotros somos quien somos. / ¡Basta de Historia y de cuentos! / ¡Allá los muertos! Que entierren como Dios manda a sus muertos. / Ni vivimos del pasado / ni damos cuerda al recuerdo. / Somos, turbia y fresca, un agua que atropella sus comienzos. / Somos el ser que se crece. / Somos un río derecho. / Somos el golpe temible de un corazón no resuelto. / Somos bárbaros, sencillos. / Somos a muerte lo ibero / que aún nunca logró mostrarse puro, entero y verdadero. / De cuanto fue nos nutrimos, / transformándonos crecemos / y así somos quienes somos golpe a golpe y muerto a muerto. / ¡A la calle! que ya es hora / de pasearnos a cuerpo / y mostrar que, pues vivimos, anunciamos algo nuevo. / No reniego de mi origen / pero digo que seremos / mucho más que lo sabido, los factores de un comienzo. / Españoles con futuro / y españoles que, por serlo, / aunque encarnan lo pasado no pueden darlo por bueno. / Recuerdo nuestros errores / con mala saña y buen viento. / Ira y luz, padre de España, vuelvo a arrancarte del sueño. / Vuelvo a decirte quién eres. / Vuelvo a pensarte, suspenso. / Vuelvo a luchar como importa y a empezar por lo que empiezo. / No quiero justificarte / como haría un leguleyo. / Quisiera ser un poeta y escribir tu primer verso. / España mía, combate / que atormentas mis adentros, / para salvarme y salvarte, con amor te deletreo.

Gabriel Celaya



NOSOTROS
Cuarta época • Año I • Número 1 •
Primavera-verano

Primera edición: mayo de 2024

Director
Jesus Heras Marcos

Redacción
Sergio M.M. • Benigno M. •
Álvaro García • Francisco Ayuso
• A. Mille • Ángel Romero •
Juanma Cepeda • Juanma Fernández
• Gustavo Morales • Álvaro Jiménez
• Cristóbal Córdoba • Manuel Chacón

© Textos: sus autores, 2024
© Falange Española de las jons, 2024
© FE la Falange, 2024

nosotros@falange.es

C/ Ardemans, 66 • 28028, Madrid

Reservados todos los derechos. No está permitida la reproducción total o parcial de esta revista, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

ISSN en trámite
Hecho e impreso en España.

Ejemplar número

ÍNDICE

ESPAÑA EN MARCHA, 3

EDITORIAL, 5

NOVENTA AÑOS DESPUÉS..., 6

SINDICALISMO AZUL, 9

VESPAS Y AZULES EN LOS 90, 15

LO ESPAÑOL EN SUS RAZAS AUTÓCTONAS, 18

DISCURSO FUNDACIONAL DE FALANGE, 25

FALANGISTA SOY, 32

CALAVERAS, 35

EXPOLIADORES DEL PATRIMONIO NACIONAL, 39

LA SOCIEDAD DE LAS PANTALLAS..., 43

HÉROES AZULES DE LA FALANGE DE PREGUERRA, 51

NOSOTROS, LO QUE LES FALTA, 57

RAMIRO LEDESMA RAMOS (I), 62

PANCHO COSSÍO, 69

LOS HÉROES YA ESTÁN CANSADOS..., 72

FALANGE FRENTE A LA GEOPOLÍTICA..., 80

ENVÍO, 85

EDITORIAL

Avanzamos. FE de las JONS y La Falange, unidas ya en hermandad y camaradería, continúan avanzando en la coordinación de sus estructuras organizativas. Desde este número, los boletines de ambas organizaciones, *Nosotros* y *En marcha*, se unen en uno solo para dar un importante impulso a este proceso.

Con el lanzamiento de este altavoz unificado como revista de análisis, pensamiento e historia nacionalsindicalista, ambas organizaciones falangistas reconocen su identidad programática e ideológica. Esta identidad es la condición indispensable desde la que se está construyendo el movimiento falangista del futuro.

Será la unidad de pensamiento y acción la que consiga hacer de Falange el instrumento eficaz para la transformación de la actual ruina física y moral de España en la patria unida, soberana y justa que buscamos.

La ocasión merece un esfuerzo tanto en el refuerzo de los contenidos como, sobre todo, en el diseño. Queremos que esta revista sea la imagen pública de Falange. Una publicación bien hecha, con una edición cuidada y una estética atractiva —de vanguardia, pero con evidentes referentes en nuestro pasado— como banderín de enganche de un movimiento político llamado a seducir a la España inconformista.

Queremos representar a la España rebelde frente a la decadencia, la fragmentación, la corrupción y la fealdad de todo lo que emana del régimen del 78.

Frente a su relativismo, la firmeza de nuestras convicciones; frente a la división que fomentan, nuestra fe en la unidad; frente a su recreación en el espanto, nuestra reivindicación de la belleza; frente a su parálisis, nosotros, en marcha.

¡Arriba España!

NOVENTA AÑOS DESPUÉS...

SERGIO M. M.

«La moda pasa de moda; el estilo, jamás», decía Coco Chanel. Creo —sé— que el pensamiento joseantoniano, aunque para muchos fuera una moda (aún hoy para algunos lo sigue siendo), es ante todo un estilo, una forma de ser, perenne e inmanente a quien ama España. Por eso aquello de la vigencia. Noventa años después sigue vigente el «nosotros» antes que el «yo», sigue vigente —aunque sea para solo un puñadito cada vez más pequeño de españoles— aquella vigilia tensa, fervorosa y segura, al aire libre, bajo la noche clara... Hoy, quizá más que nunca, sigue valiendo la pena entregar la existencia por la esencia, seguir siendo soldados custodios de valores augustos frente a los delincuentes, seguir prefiriendo la derrota a la victoria que no sea clara, caballaresca y generosa... y, antes quizá que cualquier otra cosa, sigue siendo un imperativo que meditemos todos estos conceptos y frases tan manidas que, a fuerza de repetirlas, podemos vaciar de contenido y leer sin entender la profundidad, el valor y la fuerza que tienen. Es triste que, en ocasiones, hayamos convertido en clichés lo que deberían ser fundamentos civilizatorios, palabras atronadoras, cuyo eco retumbase en nuestro corazón hasta el final de nuestros días.

Noventa años después siguen vigentes el heroísmo, las gestas gloriosas, las epopeyas homéricas. Nuestros corazones aniñados se siguen estremeciendo con las hazañas de Krasny Bor, Possad, el lago Ilmen, los Altos de Sinjavino, la Intermedia, los asaltos legionarios a los cuarteles, la resistencia en los gulags, y siguen vibrando de emoción con la impresionante historia que Falange forjó en los campos de batalla; los combates callejeros en el Madrid republicano, la sangre vertida en la Cruzada, la belleza sin igual de lo mejor de nuestra juventud inmolándose en Rusia. Creo que muchos moriremos soñando haber caído en el Alto de los Leones, en la aurora de nuestra juventud, con las ilusiones intactas, en una bandera de Castilla, con cinco rosas agujereadas en el pecho, la palma de la mano vacía saludando al sol y el corazón lleno.

Noventa años después sigue vigente esa santa hermandad de camaradas —vivos y, los más, muertos— que viven, sienten, padecen, sufren, sueñan... en la misma frecuencia. Decía Proust que la consanguinidad de espíritu une más que la identidad de pensamiento. Esta santa hermandad está unida por unos vínculos tan fuertes, tan hondos, tan sinceros, sacrificados; vínculos cuya traición no tiene perdón; vínculos que no están tejidos de suaves sedas lujosas, con broches bruñidos en oro, sino ligados por ásperas y resistentes cuerdas de donde se puede tirar. A fin de cuentas, la camaradería no es sino la amistad y el amor llevados a su máximo exponente; así que, por muchos años que pasen, ¡¿cómo se iba a derogar algo tan bueno y tan bello?! ¿Cómo se iba a derogar lo inderogable?

Noventa años después, por supuesto, siguen vigentes el deber y la obligación. Sigue vigente el ganar a España, arrebatársela al enemigo que la ocupa, expolia y usurpa, y sigue vigente el servicio a Dios desde, en este caso, la Falange. «Haz mi vida útil», rezaba aquel alférez de húsares ante el Cristo de Lepanto en ese libro tan maravilloso, tan inspirador y, sobre todo, tan azul. ¿Acaso no debemos nosotros recitar exactamente la misma oración? ¿Ser falangista no es, esencialmente, ser útil para los demás? Ser útil para la construcción de la España grande y libre, para el reinado social de Nuestro Señor Jesucristo, para la redención de los que sufren, de los olvidados y desamparados... ser útiles, en definitiva, en la suprema tarea de conseguir arribar —y traer con nosotros a cuantos sea posible— a nuestra patria principal, la Jerusalén celeste.

Noventa años después, que en realidad son varios cientos, porque son nueve décadas que llevan dentro de sí a Hernán Cortés, Don Pelayo, Recaredo, Fernando III, los Reyes Católicos, la obra inabarcable e inexplicable desde una óptica simplemente humana de la civilización de América, Blas de Lezo, el Gran Capitán y Santa Teresa. Siempre pensé que Falange no fue sino una extraordinaria manera de reformular todo lo que ya estaba allí, revitalizar la verdad y el bien, que, si por su propia naturaleza son inmortales, en España llevaban un siglo languideciendo en un cenagal.

Creo que hay que seguir creyendo y esperando; que, aunque sean todos, nosotros no; seguir soñando y combatiendo, siendo honrado en la derrota, valiente en el combate, justo en la victoria y fiel en la traición. Por todo eso creo que, noventa años después, agujereada, maltrecha, olvidada, arrastrada e, incluso, humillada y, a veces, mancillada, sigue alzada la bandera; y no queda sino vivir —y morir, si Dios nos concede esa extraordinaria gracia— bajo su egregia, heroica y maternal sombra.

SINDICALISMO AZUL

HACIA UNA REVOLUCIÓN PENDIENTE Y POSIBLE

Por la patria, el pan y la justicia: nuestro sindicalismo azul vive y es más necesario que nunca. Desafía la fatalidad neoliberal y abraza la posibilidad de un futuro más justo.

BENIGNO M.

Renovemos el compromiso con la justicia social: el sindicalismo azul como faro en tiempos de incertidumbre.

Sindicato del Pan (c. 1940).
Fotografía de Reportajes Gráficos Fineras, Valencia.
[Archivo Juanma Fernández].

Todos nosotros, en mayor o menor medida, hemos tenido que hacer frente a discusiones estériles con amigos o familiares en materia de política fiscal, laboral o económica. A menudo, sus planteamientos neoliberales (a derecha e izquierda) chocan frontalmente con nuestros postulados sociales y, aunque nos suelen dar la razón y acaban reconociendo que están a favor de ellos, concluyen que se trata de algo utópico, imposible de materializar.

Nada es imposible cuando hay voluntad. Prueba de ello, la encontramos en la ingente producción legislativa «azul», propia de los primeros Gobiernos franquistas (de notable influencia falangista) y que, aunque fue disminuyendo a lo largo de los años, se mantuvo hasta el ocaso del régimen.

Vaya por delante que el objeto de este artículo no se centra en disquisiciones absurdas sobre el tratamiento y la utilización de la Falange por parte de Franco, sino en plasmar, desde un punto de vista objetivo y crítico, una realidad incuestionable que aproximó a España (pero lamentablemente sin culminar) al espíritu nacionalsindicalista con el que soñara José Antonio.

El origen de las fuentes del derecho laboral en nuestro país se encuentra en el llamado Fuero del Trabajo, aprobado en el año 1938 en la España nacional, en plena Cruzada. El actual Estatuto de los Trabajadores se deriva de esta norma. En ella se reconocían novedosos derechos a favor de los trabajadores, hasta entonces inéditos, como el derecho al trabajo, vacaciones anuales retribuidas, descanso dominical y festivos retribuidos, límites a la jornada diaria, prohibición de trabajo nocturno para los niños, derecho a la seguridad y salud de los trabajadores, derecho de información sobre la situación financiera de la empresa, derecho a la formación pagada o protección social de los trabajadores desplazados en el extranjero, e incluso regulaba el trabajo a domicilio.

Lo mismo ocurrió en materia de prevención de riesgos laborales; encontramos numerosos ejemplos. El germen del actual real decreto que establece «las disposiciones mínimas de seguridad y salud en los lugares de trabajo» fue el Reglamento General de Seguridad e Higiene en el Trabajo, aprobado en el año 1940 (tan solo un año después del fin de la guerra). Pero, es más, el Reglamento de Accidentes de Trabajo, promulgado en el año 1956 bajo la batuta de Girón de Velasco, continúa en vigor y resulta de plena aplicación actualmente. Y la «Normativa sobre los efectos perjudiciales del amianto y sobre la calificación como enfermedad profesional de la asbestosis» data del año 1963 y fue redactada cuando ostentaba la cartera ministerial de Trabajo el falangista camisa vieja Sanz-Orrio. Todo esto refleja la preocupación de aquellos ministros nacionalsindicalistas por la protección de los trabajadores y la pasividad de los actuales, pues no fue hasta el año 2002 cuando se

Para la consecución de la justicia social es clave la defensa de los trabajadores y de sus derechos laborales.

prohibió el uso del amianto en España, casi cuarenta años después. ¡Cuántos cánceres profesionales se habrían evitado si nuestros gobernantes no hubiesen mirado para otro lado durante tantos años...!

En el ámbito de las relaciones laborales, exactamente lo mismo. Toda la normativa sobre libertad sindical y representación legal de los trabajadores durante el régimen del 78 bebe del Decreto de Creación de los Jurados de Empresa, del año 1947. Pero hay más ejemplos: la Ley de Convenios Colectivos, promulgada en el año 1958 (y posteriormente en el 1973), que constituye el fundamento de toda la normativa sobre negociación colectiva de los diferentes Estatutos de los Trabajadores aprobados durante la democracia; o la Ley de Huelga, que data del año 1977 y que se encuentra actualmente en vigor, aprobada por las últimas Cortes franquistas (conformadas todavía, por una gran cantidad de procuradores falangistas).

Al igual, en el campo de la protección social, donde destacan la Ley Nacional de Seguro contra el Desempleo, del año 1961, que supuso la creación de la prestación por desempleo por un importe del 75 % de la base reguladora (superior al actual) durante todo el periodo, con un requisito de cotización de seis meses; y la Ley de Bases de la Seguridad Social de 1966, que incluía como novedad el abono de la prestación de vejez a partir de los 65 años, que es el origen de la pensión de jubilación actual (nada que ver con la progresiva prolongación de la edad ordinaria de jubilación, llevada a cabo por parte de los Gobiernos del PSOE y del PP).

Por si fuera poco todo lo anterior, y aunque nos quieran hacer creer lo contrario, durante esa época se promulgaron numerosas leyes en materia de igualdad: la Ley de Derechos Políticos, Profesionales y de Trabajo de la Mujer (1961), la Ley de Admisión de la Mujer en la Carrera Judicial y Fiscal (1966), el Decreto de 27 de octubre de 1967 (que incorporó el principio de «a igual trabajo, igual salario»), el Decreto 2530 de 1970 sobre el régimen de Seguridad Social de los trabajadores autónomos (que se encuentra actualmente en vigor y que incluye un artículo llamado de protección familiar, que prevé una asignación al momento de contraer matrimonio por importe de tres salarios y al momento del nacimiento de un hijo por importe de un salario) y el Decreto 2310 de 1970 por el que se regulan los derechos de la mujer trabajadora (que entre otras muchas cosas, establecía la posibilidad de que la mujer, al momento de casarse, pudiese dejar de trabajar percibiendo una indemnización por importe de un año de salario e introdujo el permiso de lactancia de una hora diaria y la excedencia por cuidado de hijo

No os dejéis convencer ni os rindáis ante las adversidades propias del liberalismo.

durante tres años; derechos, ambos, que están incorporados al Estatuto de los Trabajadores actual).

En definitiva, a lo largo de los últimos cuarenta años hemos asistido a una degradación constante de las condiciones laborales y a una precarización que parece no tener fin. En este sentido, los cimientos de nuestras condiciones laborales fueron establecidos, aprobados, en los años 50, 60 y 70; algunos de ellos continúan vigentes a día de hoy y otros han sido lamentablemente cercenados.

Hemos pasado de un modelo de Estado protector y garante de los derechos laborales de sus ciudadanos, tomando como principio la justicia social, a la cultura del sálvese quien pueda y del liberalismo salvaje. Todo ello, priorizando los planes de pensiones, los sistemas privados de indemnización o la prolongación de la edad de jubilación, en detrimento de la cobertura social pública, la protección frente al despido o la participación real del trabajador en la gestión de la empresa.

¿Cuál es la solución? ¿Qué podemos hacer los nacionalsindicalistas? ¿Realmente nuestros postulados son utópicos? Toda organización nacionalista debe enfocar sus esfuerzos en saber construir y saber explicar un proyecto nacional con vocación universal, basado en los principios de soberanía, patria y justicia social. Para la consecución de la justicia social, previa a la construcción de ese proyecto nacional, es clave la defensa de los trabajadores y de sus derechos laborales, frente a la degradación actual promovida por las grandes corporaciones.

A la vista está que nuestra revolución pendiente y las políticas que nazcan de ella no son inalcanzables, pues algunas de estas ya estuvieron en vigor, con éxito, durante muchos años. Basta con centralizar y priorizar los convenios colectivos estatales, reforzar las competencias de la autoridad laboral en medidas de flexibilidad colectiva (principalmente despidos colectivos y ertes), encarecer el despido y ampliar el espectro de los supuestos de nulidad, aprobar medidas efectivas de conciliación de la vida familiar y laboral, reducir la carga de cotización y tributación para empresas que contraten a trabajadores con hijos a su cargo o fomentar las cooperativas de trabajadores, entre otras cosas.

Por todo ello, no os dejéis convencer ni os rindáis ante las adversidades propias del liberalismo. Nuestro sindicalismo azul, al igual que nuestra idea, está más vivo y es más necesario que nunca. Por la patria, el pan y la justicia ■

«... pero a nosotros nos iba el palo nacionalsindicalista».

La mítica vespa de 1959.
[Fotografía Silvano Audisio].

Vespas y azules en los 90

Álvaro García

A mi camarada de por entonces Richy le trucaban la Honda NSR de segunda mano en un taller de Entrevías mientras los demás lo esperábamos en los Billares Peñalver, con toda la tarde por hacer. «No tardes, tío». De fondo, podría ser, sonaba una de The Cure cualquiera. Corrían mediados de los 90.

Mientras esperábamos en los billares, al otro lado de la ciudad, los demás gastábamos las pelas en partidas imposibles de futbolín y botellines de Mahou y copas de solisombra apoyadas en filos de mesas de billar de carambolas que ya no existen. Las vespinos, las derbis, las Puch, las vespas llenas de retrovisores, las Triumph y alguna Montesa destartalada quedaban aparcadas justo enfrente, alineadas en la acera con desaire, así, como fuera.

Todos los viernes por la tarde sabíamos que estaríamos allí. Las bandas mod de Moratalaz, los *rockers* de Carabanchel Alto, los *heavies* de Puente de Vallecas, los peronistas punks de la parte chunga del barrio de Salamanca. Porque los hubo.

Todos aquellos viernes de mediados de los 90 nos juntábamos unos cuantos en los Billares Peñalver. Gamberros y casi guapos, la cuestión era que todos habíamos escuchado hablar de José Antonio, de Kropotkin, de Limonov, de Ramiro. Manuel Hedilla nos fascinaba. Leíamos novelas de bolsillo de Sven Hassel, tebeos manoseados de Bruguera y cómics guarros del *Totem*. La vida, tío, se abría camino entre aquellos libros del anarca Pérez Merinero y el manual de estilo de Sigfredo Hillers. Nos pasábamos los libros. Y ahí seguimos.

Habíamos escuchado algo de los mitos de la redacción del diario *Pueblo* y de los Círculos de José Antonio de los 70.

A decir verdad, casi nadie pagaba cuota en ningún lado, porque eso no era revolucionario y nos importaba un bledo la familia. Porque no sabíamos si saldríamos vivos de ningún lado. Vivíamos al límite, casi a la intemperie. Los billares eran nuestro hogar. A veces, entresemana, saltábamos las vallas de los institutos públicos donde repetíamos BUP en el recreo para besar a una novia de un colegio de monjas o para reventar una manifa de sindicalistas ya socialdemócratas. Los anarcas de verdad, de refilón, nos molaban; pero a nosotros nos iba el palo nacionalsindicalista.

Hubo alguien que juró que alguna vez hubo «troskos» en algún lado pero que también los únicos que hicieron frente a los de la Panda del Moco fueron los de Primera Línea en los noventa. Nosotros íbamos de una línea

a otra, porque siempre fuimos unos sentimentales. Éramos unos malditos heterodoxos. Y así fue. De pegada en pegada.

Hubo «falansh» —así nos llamaban los punks ramiristas enrollaos, porque en los 90 cabía todo; respeto, tío—, esos de los azules de los del mahón auténtico, que robaron sucursales del Banco Atlántico poco antes de los 90 para la causa y al mismo tiempo ligaban con pijas del colegio del Pilar o con las maoístas del instituto Ramiro de Maeztu.

Llevábamos chándal Kelme con la chaqueta abierta, Yumas ajustadas y vaqueros Rok ceñidos cuando soñábamos con ser inclasificables. O no. A todos desconcertábamos. Como ahora. Éramos impertinentes y sentimentalmente violentos. Y lo conseguimos.

Mientras nuestras parkas sobresalían de las vespas con nuestras novias enfundadas en faldas cortas a cuadros en la parte de atrás, las chupas vaqueras volaban sobre las *motocross* y las chaquetas de cuero ajustaban las motos inglesas, que rugían, creíamos, en algo parecido a la revolución nacionalsindicalista.

Palpitaba una sensación a vanguardia y a decadencia. A sexo maldito y a vida malgastada. A cambio de época y a familia algo desestructurada. Éramos algo parecido a ser falangistas imposibles de los 90. Cachorros desubicados, casi siempre despistando a la pasma. Porque teníamos razón.

Por fin Richy apareció por los billares de Peñalver con su NSR japonesa trucada y salimos todos: los mods, los *rockers* y algún *bakala* camarada enfundado en un Pedro Gómez robado en disco pija. Porque robábamos. Creíamos en pocas cosas, pero José Antonio nos molaba. «Tío, ¿te acuerdas de aquello que leímos del discurso del Teatro de la Comedia en el treinta y tres?». «Claro. Una pasada, joder». Nos bastaba.

Nos jodía cualquier uso maniqueo por parte de la burguesía gris, la de siempre, demasiado gris. Admirábamos a los dos hermanos Durruti —uno, anarca de los buenos; el otro, falangista maldito; muertos y patriotas los dos en la desdicha— y al boxeador Uzcudun, siempre nuestro. Algunos de los muchachos escuchaban música electrónica en las discos por Levante. Nunca nos importó.

Montados en nuestras vespas, en nuestros Renault 5 y nuestras Triumph, con nuestras Adidas Gazelle, las botas montoneras o de ante, calcetines blancos y amor a borbotones, queríamos que la vida fuera jodidamente justa. El paquete de Ducados sobresalía de un bolsillo de atrás de cualquier Wrangler.

Era mediados de los 90 y despreciábamos por igual a democristianos y a socialdemócratas. Porque éramos falangistas.

Éramos mods o no y a veces volcábamos contenedores, escuchábamos a Decibelios y a Los Navajos y siempre estuvimos enamorados de aquella chica que nunca nos querrá.

Fijo que era tarde cuando Richy me recogió después en su moto japo trucada en Entrevías aquella noche para una madrugada de pintadas inclasificables. Casi todo era azul en nuestras vidas.

En la moto. Al grito de «patria o muerte», voz en alto, en mitad de la madrugada.

Yo siempre iba de paquete ■

«En la moto. Al grito de “patria o muerte”, voz en alto, en mitad de la madrugada».

La mítica vespa de 1959.
[Fotografía Silvano Audisio].

«Hemos matado la cultura campesina pero no la hemos sustituido por nada; al menos, por nada noble». Miguel Delibes

Lo español en sus razas autóctonas

FRANCISCO AYUSO

Tudanca. La raza bovina tudanca, originaria del valle de Tudanca, en los montes cántabros, es una raza autóctona española catalogada como en peligro de extinción en el Catálogo Oficial de Razas de Ganado de España. [Fotografía © Xyo].

En un mundo donde el *progreso* ha eclipsado la sabiduría del campo, es hora de volver a nuestras raíces para encontrar el camino hacia el futuro.

Quizás parezca poco ortodoxo hablar sobre campo en una revista metapolítica, y más aún podría parecerlo hablar sobre algo más propio de publicaciones de zoología. Pero, si verdaderamente queremos empezar a conocer España, quizá deberíamos sumergirnos en aquellas fuentes genuinas españolas que aún retumban en quienes nos sobrecogemos al escuchar «¡presente!» tras el nombre de cualquiera de nuestros mejores. Y de eso hablaremos en este lacónico artículo que sirve para inaugurar la revista *Nosotros*: del campo y de las razas autóctonas que lo aprovecharon, modelaron y domaron a través del yugo de cuya madera salieron flechas capaces de alumbrar y decir al mundo entero lo que significaba ser español en una época en que vivir era anunciar algo nuevo.

«Pero ¿acaso queda algo de aquello?», nos podrían preguntar.

Pues sí, rotundamente sí, quedan unos paisanos y sus animales que, por ser inasequibles al desaliento, se encuentran replegados pero no vencidos; esquilmados pero no desaparecidos; arrinconados pero sin miedo; amenazados y, por ello, totalmente vivos.

Quedan 165 razas autóctonas españolas, de las que, como adelantábamos más arriba, 136 se encuentran en peligro de extinción; algunas, de hecho, como el burro andaluz, están en peligro crítico de desaparición. Y cada una de estas razas, con cada uno de los ejemplares que las integran, conforman ese genuino genio español, esa forma alegre pero sin jactancia, bravía pero con nobleza, desarrapada pero con estilo, de estar en el mundo. Porque esas razas siguen estando como fueron modeladas por hombres y mujeres de otra época y corte moral; es decir, ellas siguen existiendo, pero sin que les haya afectado la deformación antropológica de la que vienen siendo víctimas los descendientes de sus creadores. Ellas siguen, por tanto, representando lo bello, lo útil y lo español. Tres adjetivos que podrían entrar en inmediata conflagración con cualquier informativo o magacín de la parrilla mediática oficiosa, pero que son la razón de ser de esta revista.

De ahí la importancia de empezar escribiendo sobre ellas antes de continuar hablando del campo en sucesivos artículos que, si Dios quiere, están por venir. Para rescatar del olvido lo que a través de ellas fuimos; para saber quiénes somos, si es que queremos seguir siendo algo más que un *nick* en Instagram, una cuenta falsa en Twitter o un ciudadano que se dice *del mundo* pues literalmente no le queda ni un pedazo de tierra en el que poder ser enterrado.

Y es que, en lo que se refiere a conservar lo nuestro, el defender las razas autóctonas significa conservar esos animales que nos han acompañado durante siglos, que nos han alimentado, vestido y ayudado a domar la tierra; y ello no solo es un acto de lealtad hacia ellas, que es lo mismo que sernos leales a nosotros mismos, sino que además es un acto de responsabilidad y, si lo queréis, incluso de egoísmo. Porque debemos tener muy clara una cosa: si estos animales sobrevivieron durante siglos en terrenos como los nuestros, en esas mesetas donde se dice que hay nueve meses de invierno y tres de infierno; en esos tortuosos montes de nuestras cordilleras en que hay que mirar muy bien dónde se pisa para no acabar despeñado; en los fríos páramos castellanos y en las bellas pero pobres y venturosas dehesas, es porque se adaptaron a vivir con poco, a aprovechar lo que el medio en cada momento les proporcionaba. Podemos decir que tuvieron el genio de hacer de la necesidad virtud. Ese genio, el de la rusticidad, el de la riqueza de lo poco, que escribió las líneas más doradas de nuestra historia. El genio y la responsabilidad, en definitiva, de ser españoles.

Todo esto dejó de tener importancia cuando afortunadamente, a mediados del pasado siglo, se empezó a mecanizar el campo y, en paralelo y desgraciadamente, entramos en eso que se llamó globalización, libre mercado y división internacional del trabajo. Entonces empezó a ser más barato traer trigo de la América subyugada por los anglos que sembrarlo donde siempre se sembró. Y empezó a ser más fácil pelearte con tu vecino que llegar a acuerdos como los hermanos de la misma fe que siempre habíamos sido. Y empezó a ser más rentable aplicar biocidas a los barbechos que aprovechar sus hierbas con pastoreo. Y empezó a ser más recomendable importar insumos nitrogenados que estercolar los campos. Y empezó a ser preferible comprar cada temporada muchos jerséis sintéticos fabricados en China a comprar uno elaborado con lana de tus ovejas en el taller de tu primo. Y empezó a ser más aconsejable que la gente de los pueblos se fuera a grandes urbes, como mano de obra no cualificada, y a la costa, a ponerle copas y sonrisas a esos guiris que han conseguido en pocas décadas, a través de la cultura, lo que no hubieran podido ni imaginar tras siglos de piratería en el gran charco.

Y entonces empezamos a sentirnos modernos, y nos empezó a avergonzar lo que fuimos, y los muertos sintieron vergüenza de aquello en lo que nos estábamos convirtiendo, y comenzamos a creernos aquella idea de progreso de la que tanto escribió Delibes, que la resumió con aquello de «hemos matado la cultura campesina pero no la hemos sustituido por nada; al menos, por nada noble».

Y en este contexto, al sobrar los campesinos, también sobraron sus saberes y sus bienes. Y las razas que durante siglos habían creado y mejorado empezaron a desaparecer y a ser sustituidas por otras de mayor rendimiento productivo, que además no necesitaban pastores, pues podían estar estabuladas y alimentadas con piensos elaborados con trigo argentino, soja brasileña y maíz ucraniano traídos en buques movidos por combustibles muy baratos.

El ganado que antes se repartía en cientos de pequeños propietarios, libres y autónomos, hoy se reconcentra en una macrogranja que enriquece a unos pocos que viven lejos de ella y reparte *externalidades* (sabéis que esta época es rica en eufemismos) para todo el pueblo y en casi todas las comarcas.

Hete aquí que ese modelo de progreso basado en combustibles baratos, en deslocalizaciones y en extraer sin límite está comenzando a desquebrajarse y que lo que antes era rentable y posible, hoy, ya no lo es tanto. Que, donde antes sobraban fertilizantes baratos, hoy no se encuentran ni caros. Que, en las ciudades donde hace décadas sobraba trabajo hasta para los de fuera, hoy no lo encuentran ni los de dentro (hablamos de trabajo, no de empleos que se asemejan a voluntariados). Que los suelos productivos en que antes se sembraba y pastoreaba se han matorralizado y sirven para sostener incendios de esos que hoy llaman de sexta generación, o para instalar megaproyectos de paneles solares para una supuesta transición ecológica por la que pronto, cuando a las energéticas y los fondos de inversión deje de serle rentable, se convertirán en un vertedero de espejos que reflejarán la enésima tomadura de pelo de la que el mundo rural fue víctima.

Ante este panorama de agotamiento de modelo, escasez de recursos, oligopolios descabalgados y colapso, es muy posible que tengamos que recurrir, de nuevo, a animales capaces de vivir y producir con lo que comen del campo sin apenas suplemento; a animales que, al mismo tiempo que producen materias primas de calidad, conservan un territorio que todos los medios, los burócratas y el dinero del mundo se han revelado incapaces de gestionar; con los incendios, sin ir más lejos, lo estamos viendo. Animales acostumbrados a los rigores del clima, a las condiciones edafológicas; animales más resistentes a las enfermedades endógenas y, en definitiva, animales capaces de afianzar gentes a su territorio.

Pero es posible que, cuando nos demos cuenta, ovejas como la rubia de El Molar o la merina de Grazalema; cabras como la de Guadarrama o la payoya; vacas como la cachena, la berrenda, la avileña, la blanca cacereña, la cárdena andaluza o la pajuna; equinos como el burro andaluz o el zamorano; cochinos como el porco celta o el chato murciano; y gallinas como la andaluza moñuda o la castellana hayan desaparecido y, con ellas, nuestras razas, no solo una parte de nosotros, sino también la capacidad de adaptación a un medio del que dependemos y al que queremos seguir enraizados.

Y de eso, de tomar conciencia y trabajar para cuidar y vigorizar la raíz, va este proyecto divulgativo que engarza como anillo vivo de la historia con hombres y mujeres que supieron y ofrecieron negarse a sí mismos, que se dieron en todos los frentes e hicieron con su ejemplo la heredad en la que hoy la revista *Nosotros* pretende seguir cultivando, para que los muertos no se avergüencen y nosotros, ante los vivos, no tengamos por qué avergonzarnos ■

DISCURSO FUNDACIONAL DE FALANGE ESPAÑOLA

José Antonio Primo de Rivera
Teatro de la Comedia
Madrid, 29 de octubre de 1933

Nada de un párrafo de gracias. Escuetamente, gracias, como corresponde al laconismo militar de nuestro estilo.

Cuando, en marzo de 1762, un hombre nefasto, que se llamaba Juan Jacobo Rousseau, publicó *El contrato social*, dejó de ser la verdad política una entidad permanente. Antes, en otras épocas más profundas, los Estados, que eran ejecutores de misiones históricas, tenían inscritas sobre sus frentes, y aun sobre los astros, la justicia y la verdad. Juan Jacobo Rousseau vino a decirnos que la justicia y la verdad no eran categorías permanentes de razón, sino que eran, en cada instante, decisiones de voluntad.

Juan Jacobo Rousseau suponía que el conjunto de los que vivimos en un pueblo tiene un alma superior, de jerarquía diferente a cada una de nuestras almas, y que ese yo superior está dotado de una voluntad infalible, capaz de definir en cada instante lo justo y lo injusto, el bien y el mal. Y como esa voluntad colectiva, esa voluntad soberana, sólo se expresa por medio del sufragio —conjetura de los más que triunfa sobre la de los menos en la adivinación de la voluntad superior—, venía a resultar que el sufragio, esa farsa de las papeletas entradas en una urna de cristal, tenía la virtud de decirnos en cada instante si Dios existía o no existía, si la verdad era la verdad o no era la verdad, si la Patria debía permanecer o si era mejor que, en un momento, se suicidase.

Como el Estado liberal fue un servidor de esa doctrina, vino a constituirse no ya en el ejecutor resuelto de los destinos patrios, sino en el espectador de las luchas electorales. Para el Estado liberal sólo era lo importante que en las mesas de votación hubiera sentado un determinado número de señores; que las elecciones empezaran a las ocho y acabaran a las cuatro; que no se rompieran las urnas. Cuando el ser rotas es el más noble destino de todas las urnas. Después, a respetar tranquilamente lo que de las urnas saliera, como si a él no le importase nada. Es decir, que los gobernantes liberales no creían ni siquiera en su misión propia; no creían que ellos mismos estuviesen allí cumpliendo un respetable deber, sino que todo el que pensara lo contrario y se propusiera asaltar el Estado, por las buenas o por las malas, tenía igual derecho a decirlo y a intentarlo que los guardianes del Estado mismo a defenderlo.

De ahí vino el sistema democrático, que es, en primer lugar, el más ruinoso sistema de derroche de energías. Un hombre dotado para la altísima función de gobernar, que es tal vez la más noble de las funciones humanas, tenía que dedicar el ochenta, el noventa o el noventa y cinco por ciento de su energía a sustanciar reclamaciones formularias, a hacer propaganda electoral, a dormitar en los escaños del Congreso, a adular a los electores, a aguantar sus impertinencias, porque de los electores iba a recibir el Poder; a soportar humillaciones y vejámenes de los que, precisamente por la función casi divina de gobernar, estaban llamados a obedecerle; y si, después de todo eso, le quedaba un sobrante de algunas horas en la madrugada, o de algunos minutos robados a un descanso intranquilo, en ese mínimo sobrante es cuando el hombre dotado para gobernar podía pensar seriamente en las funciones sustantivas de Gobierno.

Vino después la pérdida de la unidad espiritual de los pueblos, porque, como el sistema funcionaba sobre el logro de las mayorías, todo aquel que aspiraba a ganar el sistema tenía que procurarse la mayoría de los sufragios. Y tenía que procurárselos robándolos, si era preciso, a los otros partidos, y para ello no tenía que vacilar en calumniarlos, en verter sobre ellos las peores injurias, en faltar deliberadamente a la verdad, en no desperdiciar un solo resorte de mentira y de envilecimiento. Y así, siendo la fraternidad uno de los postulados que el Estado liberal nos mostraba en su frontispicio, no hubo nunca situación de vida colectiva donde los hombres injuriados, enemigos unos de otros, se sintieran menos hermanos que en la vida turbulenta y desagradable del Estado liberal.

«No aspira el socialismo a restablecer una justicia social rota por el mal funcionamiento de los Estados liberales».

Y, por último, el Estado liberal vino a depararnos la esclavitud económica, porque a los obreros, con trágico sarcasmo, se les decía: «Sois libres de trabajar lo que queráis; nadie puede compeleros a que aceptéis unas u otras condiciones; ahora bien: como nosotros somos los ricos, os ofrecemos las condiciones que nos parecen; vosotros, ciudadanos libres, si no queréis, no estáis obligados a aceptarlas; pero vosotros, ciudadanos pobres, si no aceptáis las condiciones que nosotros os impongamos, moriréis de hambre, rodeados de la máxima dignidad liberal». Y así veríais cómo, en los países donde se ha llegado a tener Parlamentos más brillantes e instituciones democráticas más finas, no teníais más que separaros unos cientos de metros de los barrios lujosos para encontraros con tugurios infectos donde vivían hacinados los obreros y sus familias, en un límite de decoro casi infrahumano. Y os encontraríais trabajadores de los campos que de sol a sol se doblaban sobre la tierra, abrasadas las costillas, y que ganaban en todo el año, gracias al libre juego de la economía liberal, setenta u ochenta jornales de tres pesetas.

Por eso tuvo que nacer, y fue justo su nacimiento (nosotros no recatamos ninguna verdad), el socialismo. Los obreros tuvieron que defenderse contra aquel sistema, que sólo les daba promesas de derechos pero no se cuidaba de proporcionarles una vida justa.

Ahora, que el socialismo, que fue una reacción legítima contra aquella esclavitud liberal, vino a descarriarse, porque dio, primero, en la interpretación materialista de la vida y de la Historia; segundo, en un sentido de represalia; tercero, en una proclamación del dogma de la lucha de clases.

El socialismo, sobre todo el socialismo que construyeron, impasibles en la frialdad de sus gabinetes, los apóstoles socialistas, en quienes creen los pobres obreros, y que ya nos ha descubierto tal como eran Alfonso García Valdecasas; el socialismo así entendido, no ve en la Historia sino un juego de resortes económicos: lo espiritual se suprime; la Religión es un opio del pueblo; la Patria es un mito para explotar a los desgraciados. Todo eso dice el socialismo. No hay más que producción, organización económica. Así es que los obreros tienen que estrujar bien sus almas para que no quede dentro de ellas la menor gota de espiritualidad.

No aspira el socialismo a restablecer una justicia social rota por el mal funcionamiento de los Estados liberales, sino que aspira a la represalia; aspira a llegar en la injusticia a tantos grados más allá cuantos más acá llegaran en la injusticia los sistemas liberales.

Por último, el socialismo proclama el dogma monstruoso de la lucha de clases; proclama el dogma de que las luchas entre las clases son indispensables y se producen naturalmente en la vida, porque no puede haber nunca nada que las aplaque. Y el socialismo, que vino a ser una crítica justa del liberalismo económico, nos trajo, por otro camino, lo mismo que el liberalismo económico: la disgregación, el odio, la separación, el olvido de todo vínculo de hermandad y de solidaridad entre los hombres.

Así resulta que, cuando nosotros, los hombres de nuestra generación, abrimos los ojos, nos encontramos con un mundo en ruina moral, un mundo escindido en toda suerte de diferencias; y, por lo que nos toca de cerca, nos encontramos en una España en ruina moral, una España dividida por todos los odios y por todas las pugnas. Y así, nosotros hemos tenido que llorar en el fondo de nuestra alma cuando recorríamos los pueblos de esa España maravillosa, esos pueblos en donde todavía, bajo la capa más humilde, se descubren gentes dotadas de una elegancia rústica que no tienen un gesto excesivo ni una palabra ociosa, gentes que viven sobre una tierra seca en apariencia, con sequedad exterior, pero que nos asombra con la fecundidad que estalla en el triunfo de los pámpanos y los trigos. Cuando recorríamos esas tierras y veíamos esas gentes, y las sabíamos torturadas por pequeños caciques, olvidadas por todos los grupos, divididas, envenenadas por predicaciones tortuosas, teníamos que pensar de todo ese pueblo lo que él mismo cantaba del Cid al verle errar por campos de Castilla, desterrado de Burgos:

«¡Dios, qué buen vasallo si oviera buen señor!».

Eso vinimos a encontrar nosotros en el movimiento que empieza en ese día: ese legítimo señor de España; pero un señor como el de san Francisco de Borja, un señor que no se nos muera. Y, para que no se nos muera, ha de ser un señor que no sea, al propio tiempo, esclavo de un interés de grupo ni de un interés de clase.

El movimiento de hoy, que no es de partido, sino que es un movimiento, casi podríamos decir un antipartido, sépase desde ahora, no es de derechas ni de izquierdas. Porque, en el fondo, la derecha es la aspiración a mantener una organización económica, aunque sea injusta, y la izquierda es, en el fondo, el deseo de subvertir una organización económica, aunque al subvertirla se arrastren muchas cosas buenas. Luego, esto se decora en unos y

«Nuestro sitio está al aire libre,
bajo la noche clara, arma al brazo,
y en lo alto, las estrellas».

otros con una serie de consideraciones espirituales. Sepan todos los que nos escuchan de buena fe que estas consideraciones espirituales caben todas en nuestro movimiento, pero que nuestro movimiento por nada atará sus destinos al interés de grupo o al interés de clase que anida bajo la división superficial de derechas e izquierdas.

La Patria es una unidad total, en que se integran todos los individuos y todas las clases; la Patria no puede estar en manos de la clase más fuerte ni del partido mejor organizado. La Patria es una síntesis trascendente, una síntesis indivisible, con fines propios que cumplir; y nosotros lo que queremos es que el movimiento de este día, y el Estado que cree, sea el instrumento eficaz, autoritario, al servicio de una unidad indiscutible, de esa unidad permanente, de esa unidad irrevocable que se llama Patria.

Y con eso ya tenemos todo el motor de nuestros actos futuros y de nuestra conducta presente, porque nosotros seríamos un partido más si viniéramos a enunciar un programa de soluciones concretas. Tales programas tienen la ventaja de que nunca se cumplen. En cambio, cuando se tiene un sentido permanente ante la Historia y ante la vida, ese propio sentido nos da las soluciones ante lo concreto, como el amor nos dice en qué caso debemos reñir y en qué caso nos debemos abrazar, sin que un verdadero amor tenga hecho un mínimo programa de abrazos y de riñas.

He aquí lo que exige nuestro sentido total de la Patria y del Estado que ha de servirla.

Que todos los pueblos de España, por diversos que sean, se sientan armonizados en una irrevocable unidad de destino.

Que desaparezcan los partidos políticos. Nadie ha nacido nunca miembro de un partido político; en cambio, nacemos todos miembros de una familia; somos todos vecinos de un Municipio; nos afanamos todos en el ejercicio de un trabajo. Pues si ésas son nuestras unidades naturales, si la familia y el Municipio y la corporación es en lo que de veras vivimos, ¿para qué necesitamos el instrumento intermediario y pernicioso de los partidos políticos, que, para unirnos en grupos artificiales, empiezan por desunirnos en nuestras realidades auténticas?

Queremos menos palabrería liberal y más respeto a la libertad profunda del hombre. Porque sólo se respeta la libertad del hombre cuando se le estima, como nosotros le estimamos, portador de valores eternos; cuando se le estima envoltura corporal de un alma que es capaz de condenarse y de

salvarse. Sólo cuando al hombre se le considera así, se puede decir que se respeta de veras su libertad, y más todavía si esa libertad se conjuga, como nosotros pretendemos, en un sistema de autoridad, de jerarquía y de orden.

Queremos que todos se sientan miembros de una comunidad seria y completa; es decir, que las funciones por realizar son muchas: unos, con el trabajo manual; otros, con el trabajo del espíritu; algunos, con un magisterio de costumbres y refinamientos. Pero que, en una comunidad tal como la que nosotros apetecemos, sépase desde ahora, no debe haber convidados ni debe haber zánganos.

Queremos que no se canten derechos individuales de los que no pueden cumplirse nunca en casa de los famélicos, sino que se dé a todo hombre, a todo miembro de la comunidad política, por el hecho de serlo, la manera de ganarse con su trabajo una vida humana, justa y digna.

Queremos que el espíritu religioso, clave de los mejores arcos de nuestra Historia, sea respetado y amparado como merece, sin que por eso el Estado se inmiscuya en funciones que no le son propias ni comparta —como lo hacía, tal vez por otros intereses que los de la verdadera Religión— funciones que sí le corresponde realizar por sí mismo.

Queremos que España recobre resueltamente el sentido universal de su cultura y de su Historia.

Y queremos, por último, que, si esto ha de lograrse en algún caso por la violencia, no nos detengamos ante la violencia. Porque, ¿quién ha dicho —al hablar de «todo menos la violencia»— que la suprema jerarquía de los valores morales reside en la amabilidad? ¿Quién ha dicho que, cuando insultan nuestros sentimientos, antes que reaccionar como hombres, estamos obligados a ser amables? Bien está, sí, la dialéctica como primer instrumento de comunicación. Pero no hay más dialéctica admisible que la dialéctica de los puños y de las pistolas cuando se ofende a la justicia o a la Patria.

Esto es lo que pensamos nosotros del Estado futuro que hemos de afanarnos en edificar.

Pero nuestro movimiento no estaría del todo entendido si se creyera que es una manera de pensar tan sólo; no es una manera de pensar: es una manera de ser. No debemos proponemos sólo la construcción, la arquitectura política. Tenemos que adoptar, ante la vida entera, en cada uno de nuestros actos, una actitud humana, profunda y completa. Esta actitud es el espíritu de servicio y de sacrificio, el sentido ascético y militar de la vida. Así pues,

«Yo creo que está alzada la bandera. Ahora vamos a defenderla alegremente, poéticamente».

no imagine nadie que aquí se recluta para ofrecer prebendas; no imagine nadie que aquí nos reunimos para defender privilegios. Yo quisiera que este micrófono que tengo delante llevara mi voz hasta los últimos rincones de los hogares obreros, para decirles: sí, nosotros llevamos corbata; sí, de nosotros podéis decir que somos señoritos. Pero traemos el espíritu de lucha precisamente por aquello que no nos interesa como señoritos; venimos a luchar porque a muchos de nuestras clases se les impongan sacrificios duros y justos, y venimos a luchar por que un Estado totalitario alcance con sus bienes lo mismo a los poderosos que a los humildes. Y así somos, porque así lo fueron siempre en la Historia los señoritos de España. Así lograron alcanzar la jerarquía verdadera de señores, porque en tierras lejanas, y en nuestra Patria misma, supieron arrostrar la muerte y cargar con las misiones más duras, por aquello que precisamente, como a tales señoritos, no les importaba nada.

Yo creo que está alzada la bandera. Ahora vamos a defenderla alegremente, poéticamente. Porque hay algunos que, frente a la marcha de la revolución, creen que para aunar voluntades conviene ofrecer las soluciones más tibias; creen que se debe ocultar en la propaganda todo lo que pueda despertar una emoción o señalar una actitud enérgica y extrema. ¡Qué equivocación! A los pueblos no los han movido nunca más que los poetas, y ¡ay del que no sepa levantar, frente a la poesía que destruye, la poesía que promete!

En un movimiento poético, nosotros levantaremos este fervoroso afán de España; nosotros nos sacrificaremos; nosotros renunciaremos, y de nosotros será el triunfo, triunfo que —¿para qué os lo voy a decir?— no vamos a lograr en las elecciones próximas. En estas elecciones votad lo que os parezca menos malo. Pero no saldrá de ahí vuestra España ni está ahí nuestro marco. Esa es una atmósfera turbia, ya cansada, como de taberna al final de una noche crapulosa. No está ahí nuestro sitio. Yo creo, sí, que soy candidato; pero lo soy sin fe y sin respeto. Y esto lo digo ahora, cuando ello puede hacer que se me retraigan todos los votos. No me importa nada. Nosotros no vamos a ir a disputar a los habituales los restos desabridos de un banquete sucio. Nuestro sitio está fuera, aunque tal vez transitemos, de paso, por el otro. Nuestro sitio está al aire libre, bajo la noche clara, arma al brazo, y en lo alto, las estrellas. Que sigan los demás con sus festines. Nosotros, fuera, en vigilancia tensa, fervorosa y segura, ya presentimos el amanecer en la alegría de nuestras entrañas ■

Aguerrido camarada.
[Archivo Juanma Fernández].

Falangista soy

Falangista soy, / falangista hasta morir o vencer. / Y por eso estoy / al servicio de España con placer. / Alistado voy con la juventud / a la lid de nuestra fe. / Mi camisa azul y el escudo / con el yugo y el haz / garantía son / en la España inmortal que triunfará. / Cuando se enteró mi madre / de que yo era de las JONS, / me dio un abrazo y me dijo: / «¡Hijo mío de mi alma, / así te quería yo! / Falangista valeroso / y con este patrimonio, / la Justicia, el Pan, la Patria / y una España Grande y Libre / que soñaba José Antonio». / Ahora estoy en las trincheras / dando la cara a la muerte; / si muero, sólo lo siento, / madrecita de mi vida, / porque no volveré a verte. / Pero sé que, si me matan, / en la tierra en que yo muera, / se alzará como una espiga roja y negra, / de la pólvora y la sangre, mi bandera. / ¡A triunfar!

FERNANDO MORALEDA

RÉGI-MEN 78 CUL-PABLE

Colaveras

A. Mille

La adicción al poder provoca mutaciones sorprendentes. Nos rasgamos las vestiduras por estos lares cada vez que recordamos a todos aquellos que Vizcaíno Casas sintetizó en su hilarante obra *De camisa vieja a chaqueta nueva*; cientos de chupatintas de aquella amalgama llamada Movimiento Nacional salieron escopetados a la muerte del general Franco, en una práctica similar a la del juego de las sillas, no fuera a ser que se quedasen de pie. En una de las líneas de aquella obra del citado genio cómico, Santiago, amigo del infausto protagonista Pepiño, le comenta: «Lo tuyo no tiene nombre, rapaz. Primero fuiste radical, después te afiliaste al socialismo de Casares, más tarde estabas en la derecha de Calvo Sotelo, cuando el Alzamiento asegurabas ser falangista. ¡Y luego, Pepiño! ¡Tú cambias continuamente de idea!»; a lo que el interesado protagonista, responde: «No lo creas. Mi idea siempre fue ser concejal». Pues eso.

Algunos se marcharon a UCD, otros al PSOE, otros a AP, alguno al PCE... En fin, *nosequé* el último. Pero, aunque parece que nos pasamos la vida citando el pasado, no podemos hacer otra cosa en vista de la amnesia colectiva favorecida por aquellos «concejales», que se repartieron el Ayuntamiento, la Diputación, las creadas autonomías, el Estado, los sindicatos, los consejos de administración de las empresas públicas... El régimen del 78, tomando como referencia la reflexión de Vizcaíno Casas, no es otra cosa que el «régimen de los Concejales». Y eso no es otra cosa que el Estado de los idiotas, de los incapaces, de los arribistas, de los aprovechados, de los sin Dios, sin Patria... Me puedo tirar así cuatro páginas. El nacimiento de un sistema político determina su futuro y el devenir de sus obras o desmanes, y el que tenemos la penitencia de padecer nació del más espurio, simple y mundano interés. La manoseada Transición no fue más que el desmembramiento de una España próspera y en vías de crecimiento sin cotas limitantes, en favor de «hunos y hotros», que renunciaron a cualquier atisbo de principios para ser concejales.

Siempre apuntamos nuestras vísceras contra aquellos que traicionaron a España desde las huestes del franquismo, pero pocas veces analizamos las «concesiones» del tedioso antifranquismo. Recordemos que el PSOE renunció a Carlos Marx en 1974, en Suresnes, por indicación de Henry Kissinger y Willy Brandt, pasando a convertirse en el delegado de la OTAN en España y el sur de Europa. En ese momento se materializó, una vez más, la naturaleza tratante del infame partido sistémico por antonomasia. Por otro lado,

el adalid de la «lucha antifranquista», que basó su «combate» en tirar panfletos en la universidad y perdió el culo por abrazar las tesis del «eurocomunismo», que no es otra cosa que socialdemocracia melancólica, conservando el símbolo y el nombre pero nada más, igual que el PSOE.

Bueno, me retracto de lo anterior. Las siglas y el símbolo no es lo único a lo que han renunciado. Esta banda, que de tonta no tiene medio pelo, sabe perfectamente desde siempre para quién habla. El catalizador que ha informado desde siempre a los sectarios que han adorado con devoción al puño y la rosa y la hoz y el martillo es el odio; han tragado por la renuncia a todo el infame catálogo ideológico tradicional del socialismo y del comunismo. Los socialistas han tragado con todo: socioliberalismo, otanismo, capitalismo europeo, alineamiento geopolítico con los estadounidenses, congelación de pensiones, medidas antisociales de toda condición... Los peceros han mamado del aplacamiento carrillista, que lo mismo llamaba a Stalin «hermano» que nos animaba a votar a favor de una Constitución apuntaladora del capitalismo y de la monarquía liberal en interés «de las libertades y la paz». La disolución ideológica total del PCE se atenuaba con sus fiestas anuales, trufadas de burgueses a los acordes de la canción protesta y no tan protesta, el bebercio y la tricolor. Al final, toda esta panoplia de escenificaciones no es otra cosa que nostalgia. Luego nos dicen a nosotros que si patatín y patatán.

Siguiendo la senda del odio, estos tipos son capaces de atropellar sin miramientos a los trabajadores españoles, depauperando nuestras condiciones laborales, haciéndonos cada vez más pobres y abandonándonos a los picos de los buitres que pululan por España como Pedro (Sánchez) por su puñetera casa. «Mire usted, militante socialista desde que Felipe andaba por Acción Católica: le voy a subir la pensión, va a pasar del tramo de cotización en el que estaba, va a tributar más; por lo tanto, con la subida, va a percibir menos. Oiga, niñato de las Juventudes Socialistas: le voy a pintar el SMI en mil y pico euros como si ganase usted como un ministro (pero no del PSOE, tampoco nos pasemos), voy a crear las condiciones para que se vaya a tomar por saco a que le exploten por cuatro perras, bien lejos de su pueblo; sin tocar el mercado de la vivienda ni reformar el sistema productivo para que pueda usted currar dignamente. No hago nada y lo vendo todo».

Pero no se preocupen el ancianito y el jovencito socialistas, que, aunque el primero está ciego ya de cataratas y siempre lo ha estado de principios y convicciones, igualito que el jovencito, que ya ve con dificultad a pesar de su vista de lince, a ambos les ha bastado en estos últimos años con que su Gobierno se dedique a humillar muertos, reavivar odios y posar con calaveras con un impacto de bala en pleno hueso occipital, probablemente abierto el mortal agujero a manos de un frentepopulista. Los del PCE y sucursales herederas, pues lo mismo, pero con la historieta del maquis de por medio y de la casa okupa. Coño, a ver si os creéis que los del PSOE se van a manchar alguna vez las manos o van a renunciar a unas escrituras de propiedad.

Con estos bueyes tenemos que arar, que se dice. Bueyes son, qué duda cabe, pero lo único para lo que están dispuestos a arar es para remover la tierra en busca de restos humanos, los cuales en sí les importan un pito: simplemente desean lanzar hueso por hueso a los que nos negamos a que esto se convierta en un ritual sádico e irreverente.

Y el argumentito derechito de «desvío de atención» es torticero. Que en la ignominia cadavérica vaya inserto el deseo de desviar la atención constituye una adición positiva a sus macabras intenciones, pero esta caterva desea como fin principal la destrucción física, moral y espiritual de España. Hablar de cortinas de humo ES una cortina de humo. Lo que pasa es que para *LO PP* es mucho más sencillo agazaparse en eso que hacer frente al hecho que motiva realmente todos estos hechos. De todas formas, de hacerlo, se pondrían de frente hacia los casi cincuenta años de traición ininterrumpida contra España. A estas alturas, como que no. A ver si dejamos de esperar algo de las derechas de una puñetera vez, que ni son de los nuestros ni jamás lo han sido. Si la flamante presidenta de la Comunidad de Madrid no ha declarado bien de interés cultural el Valle de los Caídos es, simple y llanamente, porque no va con ella. A ver si también dejamos de hacer el ridículo constante suplicando ayuda a quienes nos desprecian, que cada vez nos conformamos con menos y tragamos con más. Al papel de la Iglesia en todos estos hechos dimito por completo de referirme; eso requiere un artículo *ad hoc* y mucho más estómago. Ya hablaremos. En fin, así están las cosas y así las ve un joven hasta los huevos ■

Expoliadores del patrimonio nacional

Ángel Romero

«¿No está escrito: "Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones"? Vosotros, en cambio, la habéis convertido en una cueva de ladrones». Mc 11:17

Tras pronunciar estas palabras en el Templo de Jerusalén, convertido en casa de cambistas y mercaderes, Jesucristo lanza al suelo mesas, monedas y mercancías y expulsa a latigazos a sus ocupantes. Una escena conocida por todos e ignorada actualmente por quienes, imitando a aquellos a los que entonces llamó *raza de víboras* (Mt 23:27-39; palabras de Jesucristo, señor fiscal del Odio), hacen de los templos un negocio con pingües beneficios. Nos referimos, naturalmente, al clero y, por la parte que nos toca, al clero español.

Hace escasos meses, mi mujer y yo tuvimos oportunidad de visitar, de viaje de novios, ciudades de Extremadura, el viejo Reino de León y Castilla la Vieja. Gótico, románico, panteones de reyes guerreros... Un recorrido poco exótico para la mayoría de los jóvenes de hoy (*no importa*), asombroso y deslumbrante por nuestra historia y nuestro legado, que descubrió a quienes lo realizamos una triste realidad: la de los actuales mercaderes, peores que okupas, del patrimonio de nuestra Patria.

Iglesias, monasterios, basílicas y catedrales, de pago o directamente cerradas a cal y canto. Templos con entrada a 10 €, *de facto* vetados para católicos que quieran entrar a rezar o necesiten recibir algún sacramento, so pretexto de que es la norma del obispo de turno. Templos clausurados con la excusa de costear obras (pagadas con colmo con las treinta monedas que la Conferencia Episcopal recibe en subvenciones del régimen del 78, cuando no cedidas a entidades civiles —ayuntamientos o fundaciones—), que es lo

«Un carácter sagrado con el que no se mercadea, del que no se saca comisión, porque fueron levantados para más altos fines».

mismo que decir desacralizados. Iglesias vetadas para católicos a no ser que se les haga caja, muchas donde el culto desapareció hace años, reducidas a lugares vulgares donde los turistas deambulan con audioguías en la oreja. Catedrales (previo pago, no lo olvidéis) donde el visitante católico, o simplemente respetuoso con la sacralidad del templo, tiene que asistir al espectáculo dantesco de turistas nacionales y europeos comportándose como si estuvieran en una discoteca. Templos cerrados para católicos pero abiertos a gritos, carcajadas y vestimentas propias de mamarrachos y prostitutas. Lo importante es que pagaron su entrada. Un patrimonio de carácter sagrado pisoteado en su esencia, reflejo de nuestra época, o velado, oculto y *de facto* perdido, tras taquillas y cajas de este negocio que es privatizar los templos.

Lo preocupante no es la degradación social de un continente colonizado desde 1945, sino la ausencia del clero para impedir el paso o poner en la calle a quienes rompen la paz de los templos. Pero en el país de los ciegos, queridos amigos, el tuerto es el rey, y es el fiel católico, a quien se le ha negado el paso si no pagaba, quien tiene que defender el carácter sagrado de los templos. Un carácter sagrado con el que no se mercadea, del que no se debe sacar comisión, porque fueron levantados para más altos fines. Concretamente, fueron pensados para estar abiertos para la salvación de almas.

Capítulo aparte merece el latrocinio oculto, podríamos decir sumergido, que el propio clero lleva a cabo en sus parroquias, monasterios, conventos y otros destinos. Decimos *sumergido* porque aflora a la superficie en cuanto buscamos, en portales y páginas web de antigüedades, artículos como cálices, copones, custodias y otros ornamentos religiosos. Una sangría permanente que va oradando el interior de templos que antaño disponían de una riqueza inconmensurable, que en muchos casos no solo han dejado de ser accesibles al visitante o al fiel, sino que van siendo poco a poco exprimidos y saqueados con la impunidad de los culpables y el silencio de sus jefes.

No se trata únicamente de reclamar que ningún templo esté cerrado para los fieles católicos, cosa que no deja de ser un síntoma de la época apóstata que nos ha tocado vivir, sino de exigir REVOLUCIONARIAMENTE que un Estado de sobra servido de impuestos y una Iglesia que no carece precisamente de ingresos tengan su patrimonio a disposición de sus ciudadanos y fieles respectivamente. Para costearlo, si no es suficiente con los presupuestos de que disponen Cultura, Iglesia católica o Patrimonio Nacional, quizás sobraría con cerrar el grifo que da de comer a los miles de animales que pueblan parlamentos autonómicos y nacionales, ministerios y chiringuitos, incluida la Conferencia Episcopal. Nunca antes tantos hipócritas se llenaron la boca con expresiones como «democratizar la cultura» mientras el sistema promueve que seamos perfectos analfabetos, consumidores y sumisos. Es más que probable que, acercando su Ser al pueblo español, nos identifiquemos de nuevo con nuestro pasado, analicemos críticamente el presente y asaltemos nuestro futuro. Ya sabemos por qué el enemigo no lo hace, por lo que reivindiquemos, exijamos y consigamos, nosotros, que la cultura, la historia y el patrimonio de nuestra patria no sean un servicio de pago. No solo de pan vive el hombre: expulsar a los mercaderes del templo es hoy, como ayer, una necesidad perentoria y una lucha que acometer por la juventud nacionalsindicalista revolucionaria. ¡Adelante! ■

La sociedad de las pantallas o el triunfo de la esclavitud

Antonio Obieta

Publicidad permanente [Ilustración digital © Kosagar].

Realidades paralelas [ilustración digital © Tricefalo].

Se celebraba en Rivendel el concilio de Elrond y, apenas unos segundos después de contemplar el Anillo Único frente a sí, un entusiasmado Boromir había manifestado su vehemente afán de utilizarlo para derrotar a Sauron, el forjador. Pero la fuerza de aquel era demasiado grande para que nadie lo manejara a voluntad y bastaba desearlo para que el corazón se corrompiese, como le objetaron; era «Un anillo para gobernarlos a todos, un anillo para encontrarlos; / un anillo para atraerlos a todos y en las tinieblas atarlos...». La inefable obra de Tolkien nos describe el plan del Maligno para sumir a los hombres en la sombra del poder, la avaricia y la esclavitud, pero también el proceder de ese individuo que se emancipa de su Creador y, jugando a ser él, llega a la Máquina, forma más evidente del dominio. La posmoderna sociedad de las pantallas es, sin duda, la máxima expresión de esto.

Tanto se ha teorizado ya acerca de la posmodernidad que apenas se la conoce. A cada intento de definición certera, ella, escurridiza y maquiavélica, ha reinventado y engrandecido su liquidez hasta escapar a cualquiera. Como ha defendido Lyotard, no se trata de un período histórico que suceda de manera natural a la modernidad, sino de una nueva condición humana que determina todas las disciplinas y ocasiona un momento inaudito de la cultura, la información, el conocimiento, la política y los movimientos sociales cuyas dimensiones espaciotemporales se vuelven inabarcables; es, en realidad, la posthistoria: su negación. Pese a esta imposibilidad de aprehenderla en plenitud, algunas formulaciones recientes se acercan de manera considerable a un retrato exhaustivo y fidedigno de su rostro o de alguna arista; es el caso del segundo episodio de la serie *Black Mirror*. Si bien la proliferación de productos «distópicos» como este parece estar contribuyendo a una banalización de la gravedad del momento hodierno —en una civilización que ha relativizado hasta su propia libertad—, en ocasiones (creemos algunos) se cumple el refrán: «Entre broma y broma, la verdad asoma».

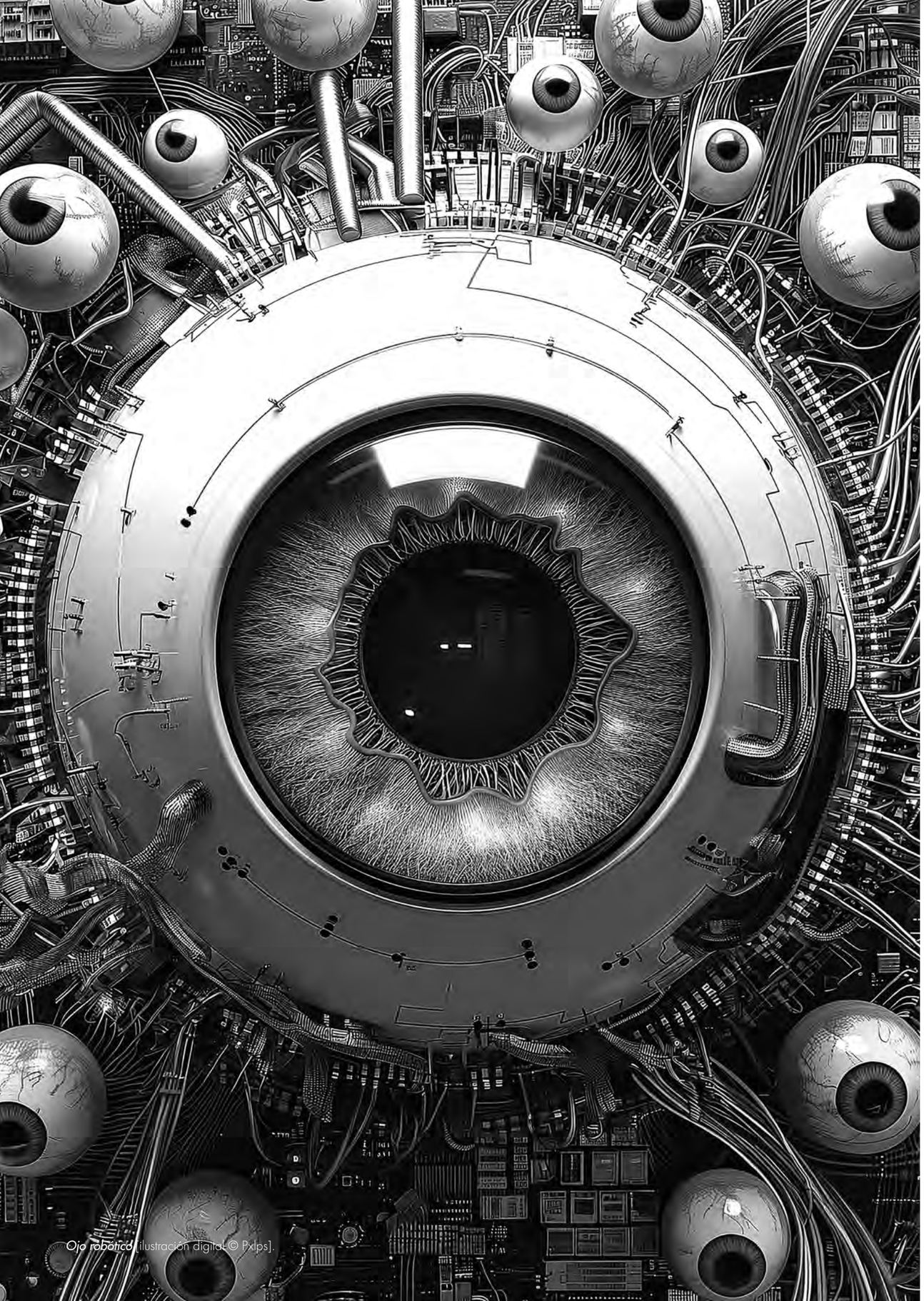
Quince (15) millones de méritos nos presenta la historia del joven Bing Madsen, uno de los varios cientos de individuos que alimentan con su pedaleo las entrañas de una gran corporación. Su quehacer diario consiste exclusivamente en suministrar energía a todo un universo de pantallas electrónicas, tanto desde su bicicleta estática como desde su propia cama, tanto en calidad de motor del sistema como de interactuante, materializando la ósmosis de ambos procesos. Si la ética clásica, tal la definió Aristóteles, tenía como fin supremo la felicidad y era eso a lo que todas las cosas aspiraban, aquí el mayor objetivo es reunir una cantidad de «méritos» para compare-

Escapismo [ilustración digital © Limit66].

cer ante un jurado televisivo y, si se tiene «talento», dejar de pedalear. ¿De qué manera? Demostrando que uno también puede mantener al resto asido al monitor. En esta sociedad, que el profesor Isidro Catela (*Me desconecto, luego existo*) ha acertado a denominar «de las pantallas» como superadora de las de la información o el conocimiento, todo es vigilancia y representación: por un lado —como relata el citado—, la pantalla es el medio, el manido ergo institucionalizado Gran Hermano que desdibuja la frontera libertad-seguridad —Byung-Chul Han (*La sociedad del cansancio, La agonía del Eros, Psicopolítica*) habla asimismo del *big data* para ilustrar cómo ahora es el hombre, habitante de un panóptico benthamiano digital que almacena cada clic, quien se expone y alumbra, «en la ilusión de la libertad»); por otro, todo se nos da por «ilustraciones» o *performances*, hasta llegar a olvidarse la distinción respecto de lo real: en esta, que es igualmente «la primera sociedad del consenso masivo» (en palabras de Diego Fusaro), cada individuo es un avatar que reacciona de una determinada manera a los estímulos y cada monitor —aquí, emulando la telepantalla orwelliana, ya, tal cual decimos, tan desfasada como tolerada en el imaginario— obliga al visionado de sus contenidos cuando detecta que el sujeto se ha tapado los ojos y no ha pagado los «méritos» suficientes como para saltarse el anuncio. ¿Nos suena? Todos viven como se vive, piensan como se piensa y disienten como se disiente por obra de las estrategias panópticas del consumo; el hombre se ha

hecho máquina y ya no maneja, «es» tecnología: un transhumano más o menos declarado en el enjambre digital haniano, que hace muecas, aplaude o *se indigna*, pasivo, ante el alimento de pan (sintético) y circo que recibe.

Cita Catela al bilbaíno Javier Muñoz para hablar de su concepto de «civilización de los dedos», con el que este refiere al tiempo que protagoniza un *homo tagens* (el hombre que toca) familiarizado por completo con la tecnología como algo natural en sus muchas formas; sigue esta línea el *homo digitalis* (el hombre sin manos que teclea) preconizado por Flusser: en el mundo de Bing, el individuo ni siquiera toca con las yemas, sino que mueve la mano sutilmente para «responder» a las ofertas de la pantalla y el entramado la detecta. Se ha dado en apellidar «inteligentes» a los aparatos y estancias que operan atendiendo a gestos y voces. Pero Flusser yerra al suponer que aquel habría dejado de ser un trabajador —*homo faber*— para convertirse en un jugador —*homo ludens*—; y, así, apostilla Han, permanece oculto a él el principio del rendimiento, que «cruza de nuevo el acercamiento de trabajo y juego. Quita al juego todo lo lúdico y lo convierte de nuevo en trabajo. El jugador se dopa y se explota, hasta que se derrumba en ello. (...) El imperativo neoliberal del rendimiento transforma el tiempo en tiempo de trabajo». El sujeto aquí no es siquiera sujeto, sino un simple número, un objeto de experimentación a merced de un empleo ludificado, de un patrono que ahora es también él mismo (preso en la farsa de la me-



Ojo robótico [ilustración digital-© PxIps].

ritocracia y el emprendimiento, pues el *tú puedes* —dirá el autor— ejerce incluso más coacción que el *tú debes*) y de un consumo adictivo de la moda, lo banal y lo pornográfico. En el reino kantiano de los fines, todo tiene un precio o una dignidad y lo que tiene precio puede ser sustituido por algo equivalente; diríase que exactamente eso ocurre, con el ser como mercancía o juguete roto, en la realidad de Bing... que es la nuestra.

Cuando, en el asfixiante imperio de la artificialidad, nuestro protagonista topa con el sutil canto pretérito de una chica, efímero ápice de humanidad y realidad en medio del cenagal del «progreso», y se reafirma como polvo enamorado, decide benévolamente cederle sus «méritos» para que «explote» su talento. Pudiera decirse que ha abandonado la ilusión de las sombras de la caverna platónica para abrazar la libertad del saber; pero no ha hecho otra cosa que empujarla a las fauces del monstruo para ser exhibida como producto erótico. Cuando el iluso miembro de los *proletarii* acepta gustoso el juego de la competencia y la «proactividad» y se lanza a la conquista de ese señuelo de una vida mejor, sigue Byung-Chul Han, «el individuo libre es degradado a órgano sexual del capital» y nunca de modo tan gráfico como aquí. Incluso cuando Madsen se hace consciente de su culpa (palpable en un rostro que recuerda al Iván el Terrible de Ilya Repin) y, atormentado por esos gemidos que no puede rehuir, trabaja para acceder al escenario y amenazar a toda la industria del Mal con su suicidio retransmitido, esta hace de su desgracia otro negocio e incorpora su alegato, convertido en vacuo algoritmo, a su catálogo de *shows*. No cabe en este contexto —siguiendo con la burda teoría filosófica— la cara opuesta, el prescindir estoicamente de los bienes materiales (llamarlos «bienes» es, cuando menos, temerario) frente al hedonismo y la deshumanización intrínsecos del mundo multipantalla, ni siquiera una suerte de término medio virtuoso como, a la manera aristotélica, postula Catela. Charlie Brooker y Konnie Huq han descrito, acaso más certeramente que nunca, la más cruda y verdadera cara de la posmodernidad: la condición traducida (tras el mayo burgués del sesenta y ocho, el giro eurocomunista y la destrucción del bloque soviético) en un régimen neoliberal hegemónico donde la clase trabajadora genera, candorosa o resignadamente, una riqueza que se le enajena; un lumpemproletariado robotizado ridiculiza y denuncia a sus semejantes soñando con cantos de sirena; y el entramado neutraliza con plena eficacia a quien intenta zafarse de la alienación de aparatos y monitores. No hay más ley que presente e instante ni más paisaje que el virtual.

Marguerite Yourcenar dudaba en *Memorias de Adriano* de que toda la filosofía del mundo consiguiera suprimir la esclavitud; «a lo sumo, le cambiarán el nombre». La autoexplotación del ser es un hecho objetivo y la desnaturalización de su *ethos* sociopolítico, la determinación cognitiva de su hipertextual lenguaje y la subyugación de su voluntad a los mandatos del capital hiperconsumista han venido a constituir la peor de las cárceles para el alma humana: una en la que el prisionero no sabe a ciencia cierta que lo es y en la que, lejos de «desconectarse», de rebelarse, tan solo persigue cobijarse bajo la capa del carcelero, mientras sigue pedaleando, como Bing... «¿YENDO A DÓNDE? ¿DÁNDOLE PODER A QUÉ?» ■

LOS PALMAS DE PLATA

Palma de plata.
Detalle de la portada del libro
Elegidos para la gloria, de Jerez Riesco.

HÉROES AZULES DE LA FALANGE DE PREGUERRA

JUANMA CEPEDA

Desde que nació la Falange, encuadrada como verdadera milicia, los camaradas de la Vieja Guardia se hicieron merecedores del calificativo de «héroes». Aquellos primeros muchachos, casi todos menores de edad, que tenían fe ciega en José Antonio, levantaron la bandera de la revolución nacional y compactaron unas filas que poco a poco fueron creciendo, pues cada camarada caído fue semilla fecunda.

Ellos fueron los primeros en dar el ejemplo que luego siguieron miles de camaradas y su heroica conducta no podía caer en el olvido; por eso, el propio José Antonio creó el Reglamento de Recompensas y estableció que se premiaría con la «Palma de Plata» a aquellos militantes que hubieran realizado algún hecho de extraordinaria brillantez o que, durante un periodo de un año por lo menos, hubieran demostrado sobresalientes cualidades en el servicio.

Hoy recordaremos a los falangistas que fueron recompensados por José Antonio con la Palma de Plata, es decir, a los primeros héroes de la Falange, y comenzaremos por los camaradas de Asturias que cumplieron con su deber hasta la heroicidad en los sucesos revolucionarios de octubre de 1934.

En Oviedo, la Falange, a las órdenes de Leopoldo Panizo y con el concurso de Juan Francisco Yela, Ulpiano Cervero y Ángel Alcázar (todos premiados posteriormente con la Palma de Plata), luchó contra la Alianza Obrera Revolucionaria, que casi tomó la capital asturiana, defendiendo sus posiciones durante varios días, sin desfallecimiento, en puestos de grave peligro. Además, sus militantes prestaron peligrosísimos servicios de conducción de camiones con repuestos y municiones desde el 7 hasta el 13 de octubre. Lograron defender una posición vital establecida en el Centro Castellano de la calle Jovellanos, sin permitir que fuera tomada por los mineros alzados contra la República.

«Veintiún falangistas entraron en el pueblo y se voceó el *Arriba*, cuando, de pronto, una multitud comienza a rodearlos y los ataca».

También obtuvieron la Palma de Plata, a título póstumo, los falangistas José Montes y Álvaro Germán, que defendieron hasta la muerte junto con otros compañeros el Centro Católico de Moreda, que era la sede del sindicato católico de mineros. Y asimismo fue recompensado con la Palma de Plata el jefe de la Falange de Pravia, Santiago López, que, cooperando con la fuerza pública, cortó las líneas férreas, impidiendo la llegada de obreros marxistas, y que participó activamente en la conquista de Grado, barriendo a las partidas rebeldes en los montes. Por último, hemos de recordar también al camarada asturiano Juan Ruipérez, igualmente Palma de Plata, que se hizo valedor de dicha recompensa al colaborar con la Guardia Civil de Llanera como conductor de automóvil, prestando todos los servicios para los que fue requerido. Fue tiroteado varias veces, no sin antes haber inutilizado varios camiones y coches del enemigo.

No olvidamos a los palmas de plata de la Falange andaluza, cuyas condecoraciones les fueron concedidas especialmente por los sucesos de Aznalcóllar, localidad sevillana donde los milicianos marxistas, en su mayoría mineros, impidieron la venta del periódico falangista *Arriba* a cuatro afiliados de Falange en el mes de abril de 1935. Al día siguiente, el jefe de la Falange andaluza, Sancho Dávila, ordenó a los dirigentes de milicias de Sevilla, Martín Ruiz Arenado y Manuel García Míguez, que, cada uno al mando de una escuadra, volvieran a Aznalcóllar para vender la prensa falangista; se tenía que respetar el honor de la Falange.

Veintiún falangistas entraron en el pueblo y se voceó el *Arriba*, cuando, de pronto, una multitud comienza a rodearlos y los ataca, les tira piedras y descalabra a un falangista. Empiezan a oírse los disparos; los falangistas hacen también uso de sus armas. Pronto acude la Guardia Civil, que, increíblemente, apoya a los marxistas. Se da la orden de volver a los vehículos: García Míguez defiende la retirada, pero al instante cae al suelo, pues una piedra le ha impactado en la sien; se acerca un grupo de izquierdistas y le disparan a quemarropa. Ruiz Arenado consigue sacar al camarada, que ya ha perdido la vida, mientras la Guardia Civil intenta detener a los falangistas, que consiguen llegar a sus vehículos. El cadáver del caído fue trasladado en un carro de basura al cementerio, donde acabó siendo arrojado a una fosa.

«Fueron, sin lugar a dudas, los escogidos, los que arriesgaron y en muchos casos perdieron la vida defendiendo a España y a su Falange».

Fueron recompensados con la Palma de Plata el jefe de la Falange andaluza, Sancho Dávila; el jefe de la milicia sevillana, Eduardo Rivas; Martín Ruiz Arenado y Narciso Perales. Se concedió también la Palma de Plata, a título póstumo, a Miguel García Míguez y a la Milicia Provincial de Sevilla de Falange.

Para terminar, nos referiremos a los palmas de plata de la Falange de Madrid: Luis Aguilar, Agustín Aznar, Gerardo González Sampedro, José Miguel Guitarte, Javier García Noblejas y José María de Alós, todos ellos dirigentes y jefes de las milicias madrileñas, que desde los primeros tiempos de existencia de la Falange vinieron prestando servicios en su «Primera Línea» con extraordinaria brillantez, perseverancia y ánimo en las ocasiones de mayor peligro. Fueron los jefes tanto de la Primera Línea a nivel nacional como de la Milicia madrileña; mandaron a las seis centurias de milicias de la Falange de Madrid. Fueron, sin lugar a dudas, los escogidos, los que arriesgaron y en muchos casos perdieron la vida defendiendo a España y a su Falange.

Sin lugar a dudas, todos los aquí recordados fueron los primeros héroes de la Falange. Hubo muchos más que no tuvieron la suerte de ser recompensados con la Palma de Plata por José Antonio, porque llegaron momentos de lucha constante que impedían al jefe dedicar tiempo para instruir expedientes de recompensas, pero todos ellos, camaradas anónimos, fueron merecedores a llevar la Palma, de unos cuatro milímetros de longitud, bordada en plata sobre la manga izquierda de la camisa azul, a mitad de distancia entre el hombro y el codo.

En próximas entregas, seguiremos recordando a los HÉROES de la Falange en la Guerra Civil y, por extensión, a los que lucharon lejos de la patria contra el comunismo en las heladas estepas rusas, combatiendo con la División Azul ■

«La voz clara y firme de José Antonio resonó en los campos de España. En las montañas y en los valles, en los pueblos chicos de la meseta y en los grandes salones de la urbe ciudadana, ante públicos enfervorizados, se oyó aquélla, y cada nuevo día fue modelando su recio acento, el alma y el sentir español en conceptos de la más noble y poética ambición.

Como aquella voz labrara las conciencias, así, con pulso firme, la mano de Emilio Aladrén ha manejado el cincel para abrir en el duro mármol italiano el perfil y la sombra, rasgos de perfección insospechada; el rostro de varonil belleza —serenidad y plenitud— de José Antonio».

Emilio Aladrén nació en Madrid en 1906. Es considerado uno de los valores más calificados de la escultura española. Estudió en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando y fue discípulo predilecto del maestro Miguel Blay. Murió en el Sanatorio de la Fuenfría (sierra de Guadarrama) en 1944 ■

El fundador de la Falange, interpretado en mármol por Emilio Aladrén.
Publicado en *Legiones y Falanges* n.º 8-9, junio de 1941 (Madrid-Roma).

NOSOTROS, LO QUE LES FALTA

JUANMA·FERNÁNDEZ

Ante un robo o un apaleamiento, siempre ha habido hombres que reaccionan contundentemente y otros que se quedan mirando. Estos últimos —una vez finalizada la situación de riesgo—, al ser preguntados sobre su decisión de no mover un dedo frente al peligro y el dolor ajenos, seguramente responderán que el motivo de su inacción radica en que, aun siendo realmente buenos y valientes, se habían quedado paralizados. O, aún más probablemente, lo autodiagnosticarán como «estado de *shock*», ya que desde hace un tiempo parece que es nueva regla gramatical meter palabras inglesas en el vocabulario. Moda ridícula donde las haya. En otros casos afirmarán que no sabían cómo actuar ante una situación así, e incluso alguno dirá que desconocía quién tenía la razón. Lo que no se atreverán nunca a decir es que, en el fondo, muchos, sencillamente, prefirieron esperar unos instantes a que alguien se mojase. Así se escribe la historia.

Muchas veces he oído que *prudente* es como se llama a sí mismo el cobarde. Pero atentos, porque un fenómeno social exclusivo de nuestro tiempo ha surgido para abrirse paso, a modo de ramificación expresa de los que deciden no jugarse el pellejo por el prójimo: los individuos que graban. Con la misma agilidad que caracteriza a Lucky Luke sacando su pistola, ponen en marcha el teléfono, filman el delito y lo cuelgan en redes sociales. Ellos, que opinan desde la barrera sobre todo lo que acontece, son los que tienen seguidores y fama. Sin embargo, el honor será sólo del que actúa.

Unos cambian el rumbo de la historia con su sangre y otros la escriben desde asépticos despachos, juzgando sin haber conocido el amor inquebrantable hacia principios inamovibles, sin tener la más remota idea de lo que supone entregarse a una causa grande y justa sin evasivas. Con o sin móviles, en esas hemos estado durante siglos y aún andamos. Sí: aunque sea más cómodo repetir el mantra de que hemos llegado a un punto de no retorno y ya no se pueden cambiar las cosas, lo cierto es que, precisamente a España, ese cuento no se le puede colar.

Hemos sabido levantarnos justo cuando todo estaba perdido. Cuando todo parecía haber acabado y no antes. Supongo que forma parte de nuestro estilo poético, dramático, radical, católico. Pero lo cierto es que, como españoles, hemos combatido y vencido no cuando por lógica era imperiosamente necesario, sino cuando realmente nos ha dado la gana. Somos anárquicos hasta en eso de que se nos inflen las narices. Nadie va a venir a decirnos cuándo y cómo, pero, en el momento en que se inflen, vive Dios que aquello de las sogas en los desvanes y los árboles en la llanura sabemos dejarlo corto, hasta con los más ínfimos medios a nuestro alcance. Hemos vencido en minoría, con piedras, palos, cuchillos y porrazos. Hemos expulsado a invasores y hemos forjado un Imperio. Hemos evangelizado el mundo y hemos encarcelado al papa. España jamás ha vencido en nada con urnas y diálogo porque, como dijo Onésimo Redondo, el Parlamento es la agonía de la patria y, como aseguraba Ramiro Ledesma, el pacifismo lo predican los poderosos porque asegura la permanencia de los tiranos en el poder.

Los falangistas nunca hemos dejado de repetir que, en todas las repugnantes elecciones que, paso a paso, van mutilando a España de su honor, dejándola violada, maniatada y amordazada, nuestra presencia es testimonial, sin fe y sin respeto. A voz en grito y sin cortapisas afirmamos que nuestro objetivo final es acabar con el régimen que, siervo de intereses extranjeros, ha desmembrado a las familias (destruyendo así el pilar fundamental de toda patria sana), convertido la vivienda en un bien de lujo inalcanzable y provocado que el suicidio sea la primera causa de muerte entre los jóvenes; que ha hecho de nuestra histórica tierra de María el primer país importador, exportador y consumidor de cocaína en la Unión Europea; que ha prostituido nuestras tranquilas calles hasta convertirlas en escenario diario de violaciones, robos y secuestros; que de izquierda a derecha ha arrancado del vientre materno a casi tres millones de bebés, como ha arrebatado a la juventud su esperanza en un futuro laboralmente *social* y estable dentro de una industria nacional otrora fuerte y próspera, después de vender al mejor postor nuestras empresas nacionales sin importar el esfuerzo con el que nuestros mayores las levantaron. El sistema vomitivo que, en suma, ha vendido nuestra soberanía y lleva a nuestros niños hacia el camino de la desesperación más absoluta, desconociendo todo límite en cuanto a la degeneración, llegando a fomentar la amputación de sus infantiles órganos genitales en aras de una supuesta igualdad sobre la cual escupimos con santa ira de amor a la justicia. Pisoteamos todos los conceptos mundialistas defendidos por el régimen del 78 porque, haciendo nuestro el clamor de santa Catalina de Siena, estamos convencidos de que ya basta de silencios y de que es hora de gritar con cien mil lenguas porque, por haber callado, el mundo está podrido.

Cada día volvemos a encontrarnos ante la tesitura de ser quienes, en una situación de peligro, obran incondicionalmente. Vemos cómo los que no se atreven a dar un paso al frente nos graban. Escuchamos entre el incesante ruido cómo unos, desde la acera de los cautelosos, opinan qué deberíamos hacer para actuar mejor e intuimos las risas de otros que, desde la acera de la sensatez exquisita, se burlan. Pero todos coinciden en algo: la historia juega en su contra, puesto que el tiempo de esta efímera vida corre con velocidad. Ante el mal, no están moviendo un solo dedo; solo constatan cómo va ganando la partida, mientras nos ven cruzar entre el tráfico, alcanzar el punto donde se está produciendo la injusticia y hacerle frente con toda la voluntad y fuerza que nos queda.

Las excusas jamás les servirán de nada. Forman parte del bando de los que miran, graban, opinan y critican. De ellos no hablarán mal en los puestos de trabajo ni en las cenas familiares. Tendrán opiniones muy consensuadas y valoradas en redes sociales. Dentro de las aspiraciones generales, les irá bien. Pero no vivirán nada que verdaderamente merezca la pena contar a los nietos en la lumbre de las tardes invernales. No conocerán el significado de la palabra *camarada*. No sabrán lo que es sentir cómo se desborda el corazón por creer en un mundo nuevo. No comprenderán el sentido de compartir trinchera con hombres y mujeres capaces de renunciar a los placeres del descanso en pegadas de carteles, conferencias, artículos, retiros espirituales para no olvidar el porqué de la lucha, pintadas, campamentos, visitas victoriosas a sedes enemigas y a almas libres que en otros países luchan por lo mismo que tú. Pancartas, actos y —absolutamente sobre todo— la alegría incomparable de no rendirse, de seguir adelante siempre ante los insultos y las amenazas. Descojonados de esta vida pasajera que solo merece la pena en guardia, con un sentido trascendente de milicia, donde al final de todo —cuando ya no quede nada— brindaremos de nuevo por la fe y el honor que no quisimos vender a ningún precio. Recuerdo el título de aquel disco de los Krasny Bor y me atrevo a aseverar que «ellos lo tienen todo; nosotros, lo que les falta» ■

El combativo lema jonsista «No parar hasta conquistar», más vigente que nunca

En la campaña realizada en las calles le dábamos una vuelta cambiando el «No parar» por «molestar», este con el mismo espíritu al que nos hemos referido pero trasladado a nuestra realidad.

Históricamente, en nuestras denuncias, nos adelantamos a los acontecimientos respecto al devenir de España, pero es esa misma celeridad en la visión la que provoca que molestemos, cuando decimos las verdades que duelen a los que votan al PP, a comunistas, al PSOE o a VOX; les demostramos que están vendiendo su alma y lo confirman, al ver lo que provoca en consecuencia su voto. *Molestamos*, cuando reclamamos soluciones fuera del discurso globalista, capitalista o marxista. *Molestamos* a unos y otros, en los ámbitos familiares, en los grupos de amigos, cuando demostramos que teníamos razón en unos u otros aspectos. *Molestamos* hasta el extremo. Pues así vamos a seguir, inasequibles al desaliento: «No parar hasta conquistar» ■

Ramiro Ledesma Ramos

PRIMERA PARTE

Gustavo Morales

Ramiro Ledesma es el hombre de acción y pensador español de los años treinta con mejor preparación intelectual, visible en una amplia y permanente colaboración en los medios de pensamiento más prestigiosos y vanguardistas de su tiempo. Cuando conoció su muerte, José Ortega y Gasset declaró que no habían matado a un hombre sino a todo un entendimiento. Ledesma es un intelectual con formación en Matemáticas y Filosofía, que colabora en las revistas más brillantes de su tiempo, escribe ensayos y alguna novela. Un hombre de la cultura a quien su tiempo llevó a la política activa y a dejar de lado una brillante carrera académica.

Por eso sorprende la escasa teorización del pensamiento jonsista del que Ledesma Ramos es el factótum. La explicación está en la afirmación rotunda de actualidad que realiza Ramiro Ledesma, conforme a la cual la presencia en el presente mediante la acción directa es el fundamento político del nacionalsindicalismo. Una doctrina que Ramiro extendió de 1931 a 1936.

Hablaremos de la hostilidad de Ledesma hacia los programas y las constituciones por buscar dar un marco rígido apriorístico a todo lo vivo sobre la base del racionalismo, hijo del Siglo de las Luces. Esta lucha contra el sistema, que gobierna sobre «caos, convulsión [y] ruina»[1], se realiza bajo la bandera de lo nacional como punto de encuentro y espacio de la solidaridad. En esa tarea de creación de un nuevo tiempo español, no es la clase sino la juventud quien ocupa el lugar protagonista. Ramiro cree en la liberación de la juventud, tarea violenta, heroica, que se realiza a la par que la liberación nacional de España y la liberación social del pueblo español. Y esta tarea no se colma en libros y teorías, sino en hechos que se visten de ideología. Ledesma no añora el pasado ni filosofa sobre el futuro: vive el presente y, en su acción política, corta como su existencia, apuesta la vida y la pierde.

CONTRA LOS INTELECTUALES, LOS PROGRAMAS Y LAS CONSTITUCIONES

Ramiro Ledesma es hostil a la especulación, no solo en política, y a los avatares electorales que entregan el Estado y sus guías rectores al partido electoral victorioso. De hecho, ninguno de los grupos fascistas españoles de los años 30 del siglo XX usa en su nombre la palabra *partido*, por el rechazo al modelo parlamentario del liberalismo capitalista; sinónimos de *partido*: *dividido, separado, fragmentado, descompuesto*. Usan términos que expresan unidad, como *junta, falange, haz, movimiento*. En cambio, el culto al partido

1 Ramiro Ledesma Ramos, *Escritos políticos*, 1935-1936, Trinidad Ledesma Ramos, 1988, p. 162.

«Algo común al parlamentarismo y al marxismo, que se escudan tras las cifras para no compartir el dolor humano».

y a la personalidad del líder sí brilla más en los casos de las facciones fascistizadas de la derecha: es visible en Calvo Sotelo y en Gil Robles, más agudo en Albiñana.

Ledesma abomina de los programas. «Al intelectual se le escapa la actualidad y vive en perpetuo vaivén de futuro. De ahí eso de los programas, elegante medio de bordear los precipicios inmediatos»[2]. Ramiro Ledesma reclama la actualidad, enfrentar y solucionar «los precipicios inmediatos» que los programas dejan siempre en aras de un hipotético mañana. Algo común al parlamentarismo y al marxismo, que se escudan tras las cifras para no compartir el dolor humano. Los intelectuales evitan la realidad porque el presente es hacer, mientras el futuro se colma simplemente con decir. Los programas colman la necesidad de hechos con palabras. «Es falso que las cosas en política admitan espera»[3], escribe Ledesma en *¿Fascismo en España?*

Mussolini había arremetido también contra los programas: «El fascismo no es una iglesia, sino más bien una situación. No es un partido, sino un movimiento. No tiene un programa que desarrollar para los tiempos futuros, por la sencilla razón de que el fascismo construye día a día el edificio de su voluntad y de su pasión»[4]. Sin dogmática, sin nomenclatura, incorporando a las masas a la tarea de exaltación nacional y revolucionaria. Presencia en el presente.

Ledesma se mantiene en una permanente y rabiosa actualidad, beligerante contra el encuadramiento de los programas, abierto a las influencias del sindicalismo revolucionario y hostil a sacrificar generaciones en pos de un «mañana mejor». Ramiro escribe en el mismo artículo: «No de ideas objetivas, esto es, no de pequeños orbes divinos, sino de hechos y de hombres, es de lo que se nutren las realidades políticas». Ledesma acusa a los programas de eludir las soluciones en el presente y dejarlo todo para el «vaivén de futuro», promesa siempre por cumplir de los «pequeños orbes divinos», ese grupo de palabras disfrazadas de ideas que son los programas. Y las palabras no son nada cuando el papel lo soporta todo. Termina Ledesma: «Primero es la acción, el hecho. Después, su justificación teórica, su ropaje ideológico».

2 «Los intelectuales y la política», en *La Conquista del Estado*, Madrid, 11 de abril de 1931, n.º 5, p. 3.
3 Ramiro Ledesma Ramos, *Escritos políticos*, 1935-1936, Trinidad Ledesma Ramos, 1988, p. 162.
4 Benito Mussolini, *Édition définitive des œuvres et discours de...*, Flammarion, 1935, tomo III, p. 151.

«Los intelectuales evitan la realidad porque el presente es hacer, mientras el futuro se colma simplemente con decir».

Esta idea la encontramos en Benito Mussolini[5]. Antes la había desarrollado el francés G. Sorel, a quien Ramiro Ledesma y Benito Mussolini citan directamente en sus escritos. Ese activismo radical de Mussolini es esencial en su figura: revolucionario, fuera de la ley, asiduo de cárcel y exilio. Lenin escribe, con motivo de su elección para la dirigencia socialista: «La entrada de Benito Mussolini en el nuevo equipo dirigente del PSI muestra que éste toma finalmente el buen camino»[6].

Dos años antes, y no hablando de política sino enfocando un tema de ciencia —el postdarwinismo—, había manifestado Ramiro Ledesma, en las páginas de *La Gaceta Literaria*, una opinión similar en la esencia: «Pretender aplicar a las ciencias naturales un patrón filosófico *a priori*, que no puede tener otra validez que la de satisfacer nuestro insobornable afán de ordenación y estructura, no parece tampoco muy fecundo»[7]. La crítica de Ledesma no incide contra el afán de ordenación y estructura, que él comparte y transmite cuando escribe: «La transformación social que propugnamos busca precisamente la organización y la solidaridad de los españoles»[8]. Ramiro Ledesma golpea contra la construcción teórica que antecede a la observación de la realidad, no contra «la organización» ni la «ordenación», que él comparte. La tentación en la ciencia es retorcer los hechos para la validación de una hipótesis, cuando la observación debe preceder al análisis y al planteamiento teórico, describe Sorel. Ledesma amplía sus diatribas a los programas y las constituciones porque adolecen de algo parecido: buscar encajar los hechos sociales, toda la realidad posible, la vida de cada persona, en sus rígidos modelos teóricos políticos, que devienen en burocracia real y monopolio del poder. El cientifismo y el racionalismo pretenden mostrar una utopía para ocultar el presente.

Ledesma arremete contra los racionalistas y contra las constituciones como contra los programas: «Nace el Estado liberal cuando triunfaba en

5 «Desde 1911-12, Mussolini, sobre quien Sorel tuvo reconocida influencia, se había situado, aun dentro del PSI, en posiciones muy próximas a las del sindicalismo revolucionario, condenando el reformismo de PSI y CGIL, y defendiendo el espontaneísmo revolucionario de las masas, la autonomía sindical y la huelga general revolucionaria» (https://artehistoria.com/contextos/el-fracaso-del-anarquismo).
6 Eric Norling, *Fascismo revolucionario*, Ediciones Nueva República, 2000, p. 23.
7 «Hertwig y el postdarwinismo», en http://filosofia.org/hem/dep/gac/gt05502c.htm.
8 *Nuestra Revolución*, 11 de julio de 1936. http://ramiroledesma.es/textos-politicos/nuestra-revolucion.

Europa la cultura "racionalista". Una Constitución es ante todo un producto racional, que se nutre de ese peculiar optimismo que caracteriza a todo racionalista: el estar seguro de la eficacia y el dominio, sobre toda realidad posible, de los productos de su mente»[9].

Ledesma sabe lo que es ser un intelectual: lo es, junto con los maestros de su tiempo. Traduce filosofía alemana; también recibe influencias del nacionalsindicalismo francés y el italiano, que preceden al español. «La deuda de *La Conquista del Estado* con el sindicalismo revolucionario puede verse en la publicación del artículo de Hubert Lagardelle», señala Jorge Lombardero[10]. Una vía sin explorar porque los hechos llevaron a la división y a la guerra de Europa en dos bandos, donde las democracias se alinean con los bolcheviques.

Mil novecientos treinta y uno es el año en que Ledesma abandona las filas de los intelectuales para pasar a la de los hombres de acción: «Entiendo por hombre de acción, en contraposición al intelectual, aquel que se sumerge en las realidades del mundo, en ellas mismas, y opera con el material humano tal y como éste es[11]. Política, en su mejor acepción, es el haz de hechos que unos hombres eminentes proyectan sobre un pueblo»[12]. Ledesma no defiende aquí un hombre nuevo, común al mito bolchevique y nazi por no citar religiones. Ledesma defiende la necesidad de trabajar con las personas tal como son. El concepto de la política es platónico en el gobierno de la meritocracia. Pero Ledesma subraya de nuevo: «el haz de hechos».

Critica, con sorprendente vigencia aún, el modelo electoral que prima la profesionalización partidista de los políticos: «El tremendo defecto de que adolece el sistema demoliberal de elección es que el auténtico político, el hombre de acción, queda eliminado de los éxitos. En su lugar, los intelectuales —y de ellos los más ramplones y mediocres, como son los abogados— se encaraman en los puestos directivos». Estas palabras no facilitarán su relación con los abogados. Continúa Ledesma: «El intelectual es cobarde y elude con retórica la necesidad de conceder audiencia diaria al material humano auténtico, el hombre que sufre, el soldado que triunfa, el acaparador, el rebelde, el pusilánime, el enfermo, o bien la fábrica, las quiebras, el campo, la guerra». Esta lejanía del poder con respecto a la realidad del pueblo les lleva a fabricarse un reflejo del mundo a su satisfacción. Alguna manifestación de esta ausencia de la realidad se conoce como el síndrome de la Moncloa.

Ledesma es consciente del paso que da al dejar atrás su tarea individual por su destino de hombre de acción y así lo escribe sobre sí mismo, en tercera persona, tras el pseudónimo de Roberto Lanzas: «La actividad periodística y política de Ledesma supuso para él el abandono radical de su actividad anterior, cuando se le abrían por ese camino las mejores perspectivas académicas»[13]. Ha elegido en el cruce de caminos lo azaroso, lo actual, dejando a un lado de forma consciente un brillante futuro académico. En aquel momento también había algún cicatero y breve apoyo económico[14]. Ledesma renuncia a la vida de filósofo y ensayista porque «el intelectual es refractario al compromiso verdadero. Es el hombre que especula, que temporiza, que vaticina (...); formula los problemas pero se va sin resolverlos».[15] Supera las tentaciones de una carrera académica, la comodidad erudita de la torre de marfil del intelectual.

Viñeta extraída de la portada de *¿Fascismo en España?*, libro de Ledesma Ramos firmado con el pseudónimo de Roberto Lanzas.

Sin embargo, por el mismo año en que Ledesma critica duramente la presencia política de los intelectuales, escribe en *La Gaceta Literaria*, entre otros, un análisis sobre Kierkegaard. En él enjuicia Ledesma cómo «a comienzos del siglo XIX, los sistemas de filosofía estaban demasiado orientados hacia un sentido de enciclopedia y totalidad para dejar al margen sector alguno de cuestiones. Así se renovó la tradicional vena teológica». El cambio de siglo y la llegada del pensador Kierkegaard abrieron una ventana en un ambiente cerrado. Aunque en desacuerdo a la postre, Ledesma elogia la obra del pensador danés sobre la angustia, porque supone otro enfoque de la filosofía que ha venido precedido a España por el sentido trágico de la vida de Unamuno[16]. Ledesma admira el personalismo de Miguel de Unamuno y la subjetividad de Sören Kierkegaard, pero no comparte sus perspectivas.

La objetividad del estudio va dejando paso a la subjetividad de la acción política en la mente y en la vida cotidiana de Ramiro Ledesma, aunque el análisis del pensador, su capacidad de relacionar y la actuación del político conviven hasta su muerte. En la primera mitad del siglo pasado, Ledesma profetizó, hace casi setenta años: «El proceso de descomposición de la unidad, la etapa desmembradora, trae consigo sospechas terribles, en cuanto que su triunfo en España convertiría la península en zona balcanizada, con provecho evidentísimo de alguien y definitivo arrinconamiento de España como poder europeo»[17]. Su vigencia y actualidad no necesita comentarios □

9 Ramiro Ledesma, «Ideas sobre el Estado», en *Acción Española*, n.º 24, 1 de marzo de 1933, pp. 581-587.
10 Juan Velarde Fuertes *et. al., José Antonio y la economía*, Grafite Ediciones, 2004, p. 308.
11 Parece fuera de la línea habitual de construir un hombre nuevo, tan en boga en Berlín y Moscú entonces.
12 «Los intelectuales y la política», en *La Conquista del Estado*, Madrid, 11 de abril de 1931, n.º 5, p. 3.
13 Ramiro Ledesma Ramos, *Escritos políticos*, 1935-1936, Trinidad Ledesma Ramos, 1988, p. 162.
14 Mónico Mélida, «Los resortes de Onésimo Redondo», en *Aportes*, n.º 32, p. 24.
15 Michel Schneider, *Ensayo de síntesis para una alternativa*, Disidencias, 1988, p. 11.
16 Ramiro Ledesma, «Sören Kierkegaard. El concepto de la angustia», *La Gaceta Literaria*, Madrid, 15 de enero de 1931, año V, n.º 98, p. 15. https://filosofia.org/hem/dep/gac/gt09815c.htm.
17 Ramiro Ledesma Ramos, *Escritos políticos*, 1935-1936, Trinidad Ledesma Ramos, 1988, p. 162.

José Antonio Primo de Rivera (1943). Pancho Cossío. Óleo sobre lienzo, de 120 x 90 cm. [Museo de Arte Moderno y Contemporáneo de Santander y Cantabria].

Pancho Cossío

Álvaro Jiménez

«En Santander, 1931 de la prerrevolución». Así cerraba Pancho Cossío la dedicatoria en un cuadro dedicado al poeta de la generación del 27 Gerardo Diego. Ese año marcaba un antes y un después en la vida de Cossío.

El *antes* es muy ajetreado. Nace en 1889 —o 1894 según muchos textos— como Francisco Gutiérrez Cossío, en Cuba, en los estertores del Imperio hispánico, y cuando el fin de este se consuma su familia retorna a Santander, de donde era originaria. Padre, madre, dos hermanas y el pequeño Pancho siendo el centro de atención de los anteriores y llevando una vida burguesa normal en una ciudad que estaba viviendo una época de apogeo. Un día, jugando con una de sus hermanas, es pillada su pierna por la mecedora donde estaba su madre, lo que le ocasionará unas operaciones, una convalecencia y una cojera por el resto de sus días que no le impidirá seguir jugando con sus amigos en la plaza de Pombo. El mismo lugar donde se gestó, en 1913, el Racing Club de Santander, del que Cossío sería fundador y primer tesorero.

No le gustaban los estudios reglados y empezará de adolescente clases de dibujo en Santander. En 1914 se trasladará a Madrid a continuar su preparación en el prestigioso taller de Cecilio Pla. Entre Madrid y Santander pasará los siguientes años, codeándose en las tertulias con la intelectualidad de la época y realizando los primeros encargos y exposiciones. Al no estar conforme con el estilo artístico que se destilaba en España, decide marchar a París en 1923 para buscar nuevas inquietudes como hacían todos los artistas del momento. Los años en la capital francesa son los que marcan el estilo del pintor montañés. Allí se relaciona con muchos artistas, en especial con parte

«La revolución ha comenzado en la cabeza de Cossío, que, como casi todos los que se acercaban al nacionalsindicalismo primigenio, venía de la izquierda nacional».

de los pintores españoles. Incluso hace de actor en algunas películas, como *El perro andaluz* de Buñuel. Tras varias exposiciones y cierto éxito —incluso económico, aunque siempre tuvo el apoyo de la familia—, la galería con la que trabaja en exclusividad quiebra, lo que le hace plantearse su vuelta.

Traspasamos 1931, ese año de la *prerrevolución* de la que se hablaba al principio del artículo. El pintor montañés se relaciona en Madrid con Lorca, Edgar Neville, Huidobro, Altolaguirre... pero todo cambia el día que acude al Café del Norte, donde se reunían en tertulia Tomás Borrás, Emiliano Aguado, José María Castroviejo, Santiago Montero Díaz y Ramiro Ledesma Ramos; y, posteriormente, al bar Bakanik o a los bajos del Café Lion —en los cuales se daba cita la tertulia literaria La Ballena Alegre—, donde descubrirá a José Antonio Primo de Rivera y la corte intelectual que le rodea, compuesta entre otros por el pintor comunista Julián Tellaeche y Eugenio Montes, que según cuentan fue el que ejerció gran poder en el cambio político del santanderino.

La revolución ha comenzado en la cabeza de Cossío, que, como casi todos los que se acercaban al nacionalsindicalismo primigenio, venía de la izquierda nacional. Son años en los que casi abandona la producción pictórica, se ciñe a lo méramente político. Bien lo explica nuestro protagonista: «Fui yo el que llevó a Santander el ruego de Ledesma Ramos de fundar las JONS, una sola. La idea de Ledesma era que se constituyera un grupo en el que la mayoría fueran deportistas». Una treintena de afiliados que se reunen en cafés y alguna vez, incluso, en la casa del pintor.

Se radicalizó fuertemente Cossío en sus ideas. Será de los más revolucionarios. Con la unificación, se mantendrá jonsista. Con la reunificación, se mantendrá hedillista. Son años de actos políticos donde participa como orador, de preparar elecciones o de ser detenido. Junto con otros falangistas santanderinos, será arrestado en marzo de 1936 y nuevamente en mayo. Saldrá poco antes del inicio de la guerra, salvándose del *paseo*.

Durante el conflicto, al caer la ciudad en zona roja, irá esquivando los diversos registros. El primero, acompañado de unos camaradas en un desván al que no subieron los milicianos por la intercesión de la portera. Los últimos, escondido entre los colchones de la cama de su madre, donde había

«Cossío se convierte en el pintor de la Falange: realizó varios retratos de José Antonio, de Onésimo Redondo, de Ramiro Ledesma».

acabado para no comprometer a familiares, camaradas, amigos o el sanatorio, que le habían permitido ocultándose en el año y poco que duró la guerra en Santander.

Aunque su ciudad se encontraba liberada, el país estaba en pleno enfrentamiento. Tuvo algunos cargos políticos y también intervino en conflictos entre facciones. Poco a poco se iría desengañando y se daría cuenta de que el sueño de la revolución quedaría *in perpetuum*. Volvería a reencontrarse con la pintura: sus temas marinos, sus bodegones y sus retratos, que son mayoría en su producción. Son los años de los retratos de su madre, que fallecerá en 1945. Ridruejo le encarga la dirección artística de la revista *Escorial*. Retorna a Madrid buscando el tan ansiado éxito para su pintura, que no tardará en llegar y le acompañará el resto de su vida, y monta su taller en el piso 16 del Palacio de la Prensa de la plaza de Callao.

Cossío se convierte en el pintor de la Falange: realizó varios retratos de José Antonio, de Onésimo Redondo, de Ramiro Ledesma; plasmó también a su paisano Agustín Zancajo Osorio, a José Antonio Girón de Velasco y a Alfonso Peña Boeuf. Otros cuadros de temática falangista son *La flecha* y *El flecha*, ambos de 1948, donde representa a jóvenes del Frente de Juventudes.

Sus ideas hedillistas le hacen alejarse de la política. Son las décadas de los cincuenta y sesenta las de su plenitud artística, cuando trabaja con la tranquilidad que el reconocimiento y el prestigio dan, con numerosas exposiciones. Continúa con su vida bohemia e intelectual participando en tertulias y grupos artísticos.

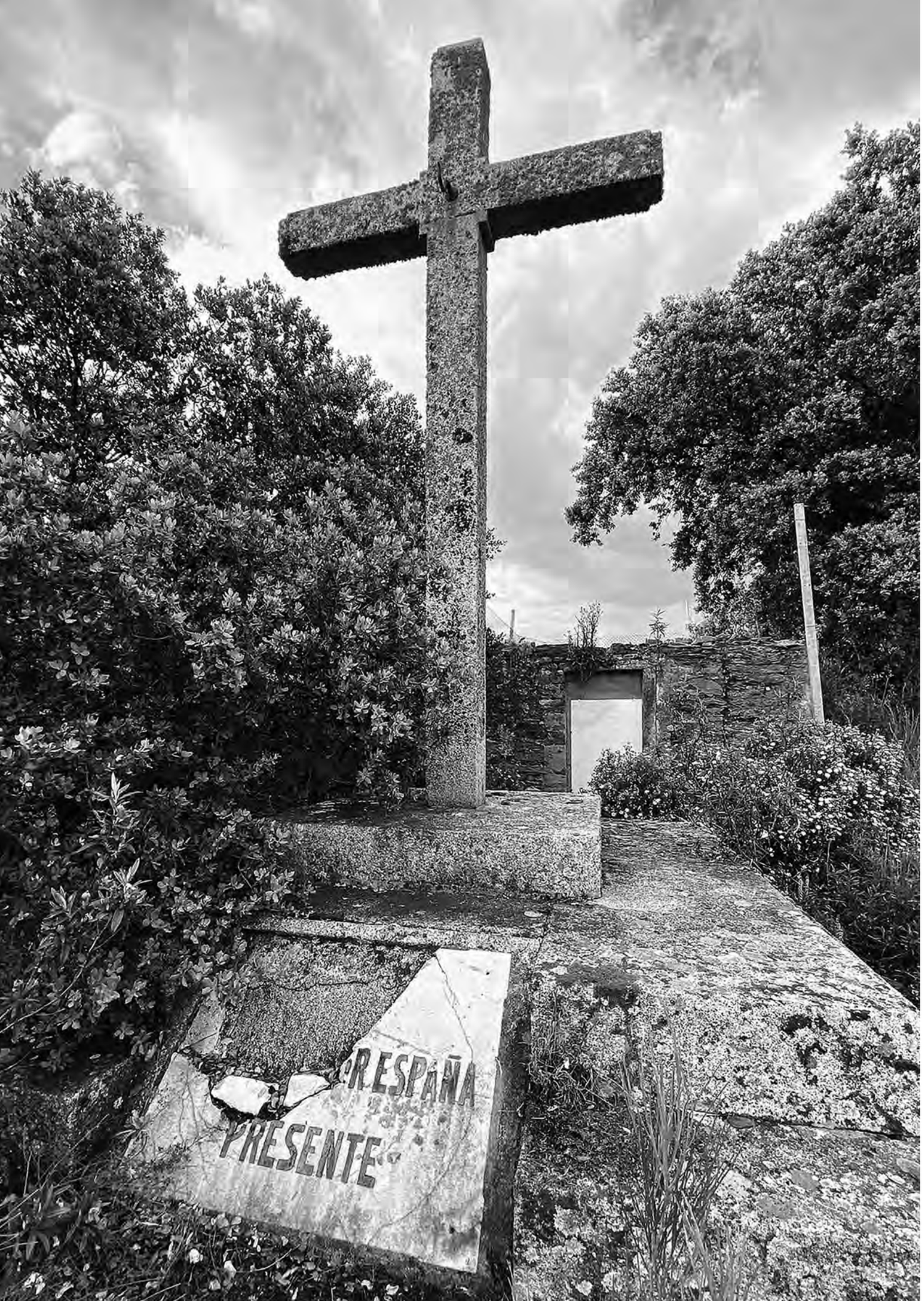
En 1950 le llega el gran encargo. Desde su ático en la plaza de Callao puede que viera la cúpula neobizantina de la cercana iglesia de los carmelitas en la plaza de España. Allí realizará dos inmensas pinturas murales —de 26 m² cada una— con los temas de la *Apoteosis histórica de Santa Teresa* y *la Apoteosis mística del Carmelo*.

Los últimos años de su vida los pasará en Alicante, donde seguirá pintando y donde le llegará la muerte a principios de 1970. En la plaza de Pombo de Santander hay una escultura dedicada a Cossío colocada en 1994. Cada 23 de febrero se le dejan flores allí en un homenaje por ser fundador del Racing ■

Los Héroes ya están cansados. De aquello no queda nada

CRISTÓBAL CÓRDOBA

Cruz en recuerdo de los torturados, asesinados y arrojados a la mina España en Alcaracejos (Córdoba). [Archivo Juanma Fernández].



Los 109 falangistas asesinados en la II República antes del 18 de julio de 1936.

Es bueno recordar. Ha transcurrido mucho tiempo desde que la sangre de los primeros caídos por España y la revolución nacionalsindicalista fuera vertida en unos oscuros callejones, en las cunetas, los muros o las aceras de nuestros pueblos y ciudades. Fueron ellos los que se ganaron un puesto de honor en esta historia; una historia de la que, víctima de unas leyes con las que se pretende imponer un olvido sistemático, ya no sabemos si fue verdad o tan solamente se trató de una épica novela porque, como viene a decir cierto poema anónimo, «la historia la escriben otros, / que no son sus camaradas, / [debido a que] unos rindieron la pluma, / otros guardaron la espada / y el resto, desalentado, / volvió en silencio la espalda».[1]

Lo que sí es verdad —espantosa realidad— es que muchos de los que sobrevivieron a aquella etapa de la incipiente Falange, a la posterior guerra fratricida, a la lucha contra el comunismo soviético en las lejanas y gélidas estepas rusas y a la lacra del terrorismo en el solar patrio, y que por aquel entonces daban un atronador «¡presente!» cada vez que era pronunciado el nombre de un camarada caído, una vez instaurada en España la actual partitocracia ultrajaron con sus ansias de poder la revolución por la que habían combatido y caído aquellos que no quisieron vestir otro hábito que el de la proletaria camisa azul mahón.

Muy a pesar de los traidores, desertores del bien y la verdad, el espíritu de aquella Falange fundacional no ha muerto, sino que aún permanece vivo, aunque ahora solamente sea en el corazón de un puñado de falangistas que mantienen en alto la bandera, seguros de que algún día «volverá a reír la primavera».

¡Honor a aquella centuria! y que los buenos patriotas, falangistas o no, jamás olviden el ejemplo de esos hombres, generosos hasta la muerte, que supieron derramar su sangre defendiendo un ideal que se asienta sobre tres pilares: la Patria, el Pan y la Justicia.

Ese es, muy brevemente, el resumen de su historia. La historia de unas personas que lo sacrificaron todo, hasta su propia vida, en pos de la autén-

1 *Los Héroes ya están cansados.*

tica revolución que España necesita. La historia de unos héroes que no podían, según nos enseña la perspectiva histórica, haber cumplido mejor. Una impresionante historia que comienza con el asesinato del joven JOSÉ RUIZ DE LA HERMOSA Y FERNÁNDEZ ESPARTERO, un estudiante de 23 años que pertenecía a las JONS de Daimiel y que tres días antes de ser asesinado había acompañado a Ramiro Ledesma al acto fundacional de Falange Española en el Teatro de la Comedia de Madrid, y que finaliza con la muerte del seuísta REGINO SEVILLANO ALONSO, mortalmente herido tres años más tarde, el 17 de julio de 1936 (falleció el día 20), el mismo día que las tropas del Protectorado español de Marruecos se alzaban en armas contra la tiranía hacia la que había degenerado la Segunda República.

Junto a ellos dos, brillan otros ciento siete luceros. Sus nombres: CIPRIANO LUIS ZARZUELO, de 16 años, simpatizante de las JONS, asesinado en Valladolid el 11 de mayo de 1932; MIGUEL DE SEGISMUNDO GARCÍA MATILLA, muerto en San Fernando (Cádiz) el 12 de noviembre de 1933, en un atentado contra José Antonio; JUAN JARA HIDALGO[2], panadero, de 22 años, asesinado en Zalamea de la Serena (Badajoz) el 3 de diciembre de 1933; TOMÁS POLO GALLEGO, campesino asesinado en Villanueva de la Reina (Jaén) el 26 de diciembre de 1933; FRANCISCO DE PAULA SAMPOL CORTÉS, estudiante, de 22 años, simpatizante de la Falange, asesinado en Madrid el 11 de enero de 1934; VICENTE PÉREZ RODRÍGUEZ, asesinado en Madrid el 28 de enero de 1934 por encargarse de la venta del semanario *F. E.*; MATÍAS MONTERO Y RODRÍGUEZ DE TRUJILLO, estudiante, de 20 años, asesinado en Madrid el 9 de febrero de 1934; ÁNGEL ABELLA GARCÍA, estudiante, herido en Valladolid el 4 de marzo de 1934 y fallecido dos días después; ÁNGEL MONTESINOS CARBONELL, albañil, de 36 años, asesinado en Madrid el 8 de marzo de 1934; JESÚS HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, estudiante, de 13 años, herido en Madrid el 23 de marzo de 1934 y muerto dos días después; ALEJANDRO ALONSO, de 15 años, asesinado en Peñafiel (Valladolid) el 1 de mayo de 1934; LUIS ARROYO RODRÍGUEZ, estudiante, de 14 años, simpatizante de la Falange, asesinado en Madrid el 10 de mayo de 1934; JOSÉ HURTADO GARCÍA, arrendatario de un cortijo, de 22 años, asesinado en Torreperogil (Jaén) el 6 de junio de 1934; JUAN CUÉLLAR CAMPOS, estudiante, de 18 años, asesinado en Madrid el 10 de junio de 1934; MANUEL CARRIÓN DAMBORENEA, jefe local de Falange, copropietario de un hotel, de 40 años, herido en San Sebastián el 9 de septiembre de 1934 y muerto al día siguiente; ÁLVARO GERMÁN GUTIÉRREZ, minero, muerto en la defensa de Moreda de Aller (Asturias) el 6 de octubre de 1934; JOSÉ MONTES CAMPAL, igual que el anterior; FRANCISCO DÍAZ GARCÍA, abogado e industrial, de 25 años, muerto en Torrelavega (Cantabria) el 8 de octubre de 1934; ELEUTERIO LÓPEZ, barrendero, herido en Madrid el 3 de octubre de 1934 y muerto tres días después; JESÚS SAINZ HIERRO, obrero, de 21 años, herido en Arija (Burgos) el 7 de octubre de 1934 y fallecido el 17 de octubre (los cuatro anteriores fueron muertos durante el alzamiento armado socialista contra la República); MANUEL ARRABAL ESCOBAR, conductor, de 17 años, asesinado

2 En caja alta, el nombre de los militantes.

en Málaga el 19 de enero de 1935; JOSÉ GARCÍA VARA, panadero, de 36 años, secretario del Sindicato de Panadería de la CONS, asesinado en Madrid el 2 de abril de 1935; CARMEN PÉREZ ALMEIDA, estudiante, de 11 años, asesinada en Salamanca el 10 de abril de 1935 en un atentado contra su hermano; MANUEL GARCÍA MÍGUEZ, perito industrial, de 32 años, asesinado en Aznalcóllar (Sevilla) el 30 de abril de 1935; JUAN PÉREZ ALMEIDA, electricista, de 29 años, herido en Salamanca el 10 de abril de 1935 y muerto el 4 de mayo; ANTONIO SÁNCHEZ ÁLVAREZ, taxista, de 47 años, asesinado en Sevilla el 8 de mayo de 1935 como represalia por haber sido uno de los taxistas que habían llevado a los falangistas hasta Aznalcóllar; MIGUEL SORIANO JIMÉNEZ, obrero, de 27 años, herido en Linares (Jaén) el 31 de mayo de 1935 y muerto el 6 de junio; JOSÉ SOTO DÍAZ, comerciante, de 27 años, asesinado en Málaga el 10 de junio de 1935; ENRIQUE MOYANO MARTÍNEZ, peluquero, de 21 años, muerto en Oviedo el 12 de junio de 1935; JOSÉ MARÍA SUÁREZ LÓPEZ, electricista, de 32 años, herido junto con el anterior y muerto al día siguiente; ANTONIO CORPAS GUTIÉRREZ, camarero, de 22 años, herido en Sevilla el 8 de agosto de 1935 y muerto al día siguiente; EDUARDO RIVAS LÓPEZ, mecánico, de 27 años, asesinado en Sevilla el 6 de noviembre de 1935; JERÓNIMO PÉREZ DE LA ROSA JIMÉNEZ, estudiante, de 18 años, herido junto con el anterior y muerto al día siguiente; LAUREANO MONTERO SERRANO, albañil, de 45 años, herido en Madrid el 17 de enero de 1936 y fallecido al día siguiente; JOSÉ ALCÁZAR TORRERO, albañil, de 34 años, asesinado en Madrid el 21 de enero de 1936; LUIS COLLAZO CAMPOS, albañil, de 21 años, herido en Vigo (Pontevedra) el 7 de febrero de 1936 y muerto dos días después; JOSÉ MOLINA GARCÍA, de 29 años, herido en Oviedo el 12 de junio de 1935 y fallecido a los cuatro días; PEDRO MARCO ORTÍN, empleado, de 29 años, asesinado en Yecla (Murcia) el 20 de febrero de 1936; VÍCTOR ÁLVAREZ AJURIA, médico, de 20 años, herido en Frieres (Asturias) el 16 de febrero de 1936 y fallecido cinco días después; JOSÉ DÍAZ GARCÍA, panadero, de 31 años, asesinado en Pechina (Almería) el 23 de febrero de 1936; ANTONIO DÍAZ MOLINA, albañil, de 19 años, asesinado en Málaga el 26 de febrero de 1936; JOSÉ RODRÍGUEZ SANTANA, albañil, de 37 años, asesinado en Madrid el 27 de febrero de 1936; HIGINIO SEPÚLVEDA VERDUGO, conductor, asesinado en La Puebla de Almoradiel (Toledo) el 6 de marzo de 1936; RAMÓN PEREA MONZÓN (18 años) y TOMÁS VILLANUEVA ANGULO (23 años), asesinados junto con el anterior; JOSÉ URRA GOÑI, albañil, de 26 años, asesinado en Madrid el 6 de marzo de 1936; RAMÓN FAISÁN ALONSO, mutilado de guerra, muerto junto con el anterior; JOSÉ ANTONIO AUMENDI RODRÍGUEZ, conductor del servicio público de limpieza, de 35 años, asesinado en Santander el 6 de marzo de 1936; cuatro OBREROS FALANGISTAS, de los que ignoramos el nombre, que fueron asesinados en Ares (La Coruña) el día 6 de marzo de 1936; JUAN JOSÉ DE OLANO Y ORIVE, estudiante, de 18 años, herido en Madrid el 11 de marzo de 1936 y muerto al día siguiente; JESÚS MARTÍNEZ ERASO, estudiante, de 18 años, asesinado en Jumilla (Murcia) el 16 de marzo de 1936; PEDRO CUTILLAS SÁNCHEZ, mecánico, de 22 años, muerto junto con el anterior; JAVIER MARTÍNEZ SAINZ Y MARTÍNEZ DE ESPRONCEDA; de 24 años, herido en Mendavia (Navarra)

el 17 de marzo de 1936 y fallecido a los diez días; MANUEL GIRÁLDEZ MORA, de 21 años, asesinado en Sevilla el 31 de marzo de 1936; MANUEL PEYRÓ CRESPO, capataz, de 42 años, herido en Barcelona el 9 de abril de 1936 y muerto al día siguiente; ANDRÉS SÁENZ DE HEREDIA Y ARTETA, estudiante, de 24 años, asesinado en Madrid el 16 de abril de 1936; MANUEL RODRÍGUEZ JIMENO, estudiante, de 28 años, asesinado junto con el anterior durante el entierro del alférez de la Guardia Civil Anastasio de los Reyes; Julio Mir Costa, estudiante, de 16 años, simpatizante falangista, asesinado junto con los dos anteriores; hermanos ELOY y ANTONIO GÓMEZ FERNÁNDEZ, comerciantes, de 24 y 32 años, asesinados en Canillas (Madrid) el 17 de abril de 1936; JOSÉ CARO BAUTISTA, contable, de 20 años, asesinado en Yecla (Murcia) el 20 de abril de 1936; JOSÉ FIERRO HERRERO, de 23 años, asesinado en Carrión de los Condes (Palencia) el 3 de mayo de 1936; MÁXIMO INCLÁN BRAVO, de 27 años, asesinado en Calabazanos (Villamuriel de Cerrato, Palencia) el 3 de mayo de 1936; RAFAEL REAL DE LEÓN, de 28 años, asesinado en Calzada de Calatrava (Ciudad Real) el 4 de mayo de 1936; JESÚS PRIETO GARCÍA, estudiante, de 16 años, herido en Valles de Palenzuela (Castrojeriz) el 5 de mayo de 1936 y fallecido el día 14 en Burgos; SECUNDINO ESPERÓN ESPERÓN, contratista, de 42 años, asesinado en Pontevedra el 19 de mayo de 1936; FRANCISCO GUTIÉRREZ RIVERO, estudiante, de 22 años, asesinado en Zamora el 20 de mayo de 1936; JOSÉ OLAVARRIETA ORTEGA, obrero, de 28 años, herido en Santander (Cantabria) el 5 de mayo de 1936 y muerto el día 22; MANUEL PASCUAL LÓPEZ GIL, repartidor de telégrafos, de 18 años, herido en Madrid el 23 de mayo de 1936 y muerto al día siguiente; JOSÉ FRANCISCO MARCANO IGARTÚA, herrero, de 39 años, herido en Los Corrales de Buelna (Cantabria) el 25 de mayo de 1936 y muerto al día siguiente; VICENTE MARTÍN ÁLVAREZ HERNÁNDEZ, albañil, de 31 años, asesinado en Zamora el 27 de mayo de 1936; MANUEL RODRÍGUEZ MANTERO, jornalero, de 20 años, herido en Castilleja del Campo (Sevilla) el 31 de mayo de 1936 y fallecido el 2 de junio; AMADEO PICO RODRÍGUEZ, estudiante, de 20 años, asesinado en Santander el 3 de junio de 1936; PEDRO CEA GUTIÉRREZ, maestro, de 24 años, también asesinado en Santander el 3 de junio de 1936; RAFAEL PANADERO MARTÍNEZ, herrero, de 45 años, asesinado en Sevilla el 4 de junio de 1936; SANTIAGO MONJE DÍEZ, campesino, de 40 años, herido en Toreno de Sil (León) el 4 de junio de 1936 y muerto al día siguiente; JOSÉ LUIS LÓPEZ ORTEGO, botones, de 16 años, herido en Madrid el 5 de junio de 1936 y muerto cuatro días después; JULIÁN SAN MIGUEL, herido en Gumiel de Izán (Burgos) el 10 de junio de 1936 y muerto dos días después; VICTORIANO MANZANARES ALBELDA, albañil, de 19 años, asesinado Nájera (La Rioja) el 14 de junio de 1936; FRANCISCO GALARRETA BEZARES, carpintero, de 22 años, asesinado junto con el anterior; JOSÉ HERNÁNDEZ NOVAS, herido en Puertollano (Ciudad Real) el 27 de mayo de 1936 y fallecido el 14 de junio; ANTONIO MENÉNDEZ, estudiante, herido en Oviedo el 28 de abril de 1936 y fallecido el 21 de junio; BENJAMÍN PIÑEIRA ALBERDI, funcionario, de 24 años, herido en Santander el 19 de junio de 1936 y fallecido el 24; ABUNDIO SAN MIGUEL VILLAFÁÑEZ, de 16 años, asesinado en Aldeamayor de San Martín (Valladolid) el. 21 de junio de 1936; MARÍA DÍAZ GUTIÉRREZ, ama de casa, de 55 años, primera víctima femenina que militaba en la Falange, herida en Los Corrales de Buelna (Cantabria) el 23 de junio de 1936 y muerta al día siguiente; JOSÉ MARIANO SÁNCHEZ GALLEGO, estudiante, de 18 años, secuestrado en Madrid el 30 de junio de 1936, cuyo cuerpo apareció muerto el 4 de julio siguiente; JUSTO SERENA ENAMORADO, militar retirado, de 33 años, secuestrado en Madrid el 30 de junio de 1936, cuyo cuerpo apareció muerto el 7 de julio siguiente; AQUILINO FUSTER IGLESIAS, electricista, de 28 años, asesinado en Madrid el 2 de julio de 1936; MIGUEL ARRIOLA CRUZ, estudiante, de 18 años, asesinado junto con el anterior; JACOBO GALÁN SUIRÁ, estudiante, de 18 años, herido junto con los anteriores y fallecido al día siguiente; FRANCISCO VARGAS RECIO, campesino, de 27 años, herido en Villanueva de San Juan (Sevilla) el 29 de junio de 1936 y muerto el día 3 de julio; CLAUDIO FERNÁNDEZ LÓPEZ, estudiante, de 17 años, herido en Miguelturra (Ciudad Real) el 5 de julio de 1936 y fallecido al día siguiente; CARMELO ESCRIBANO ORTEGA, cartero, de 47 años, asesinado en Camuñas (Toledo) el 7 de julio de 1936; PEDRO GUERRERO TORRES, estudiante, herido en Jerez de la Frontera (Cádiz) el ¿? de mayo de 1936 y fallecido el día 9 de julio; MANUEL GUERRERO GUTIÉRREZ, igual que el anterior; MARTÍN CABEZAS SORIANO, asesinado en Villarrubia de los Ojos (Ciudad Real) el 12 de julio de 1936; JOSÉ VICENTE RUBIO, campesino, asesinado en Báguena (Teruel) el 13 de julio de 1936; JOSÉ MARÍA ITURRALDE, estudiante, de 19 años, asesinado en Madrid el 14 de julio de 1936; JOSÉ VALENCIA MARCIAL, estudiante, de 20 años, asesinado junto con el anterior; LEOPOLDO SÁNCHEZ HIDALGO, barbero, de 26 años, asesinado en Castuera (Badajoz) el 14 de julio de 1936; RICARDO PARADELA ARCHIDONA, de 29 años, asesinado en Sevilla el 15 de julio de 1936; FEDERICO LANGEHELDT RODRÍGUEZ, mecanógrafo, de 24 años, asesinado junto con el anterior; y MANUEL BANÚS AGUIRRE, estudiante, de 17 años, asesinado en San Sebastián el 15 de julio de 1936.

¡PRESENTES!

NATO [ilustración digital © @chm_]

Falange frente a la geopolítica internacional

MANUEL CHACÓN RODRÍGUEZ

Que vivimos tiempos de grandes cambios es algo que no debe escapar a nadie con una mínima conciencia del mundo y de la historia. Estar despiertos y atentos a lo que ocurre no sólo en España, sino a escala internacional, saber de dónde venimos, qué está pasando y hacia donde vamos, comprender la geopolítica mundial, es más que nunca un deber fundamental de todo militante falangista que se precie; siempre fue ese, por otra parte, el espíritu imperial español, abierto al mundo (al menos, hasta que tuvieron lugar los desastres y la decadencia a que nos vimos sometidos en el funesto siglo XIX, en que perdimos nuestra proyección universal).

Si en tiempos pasados las naciones y sus actos o movimientos estaban conectados entre sí, y tenían consecuencias a medio y largo plazo en el resto del mundo, hoy en día, con el mayor auge de las comunicaciones y la movilidad que haya habido en toda la historia de la Humanidad (en eso que los liberales y los anglosajones han venido en llamar globalización), comprender la esfera internacional es vital para adelantarnos a las amenazas y oportunidades de todos sus actores, que por otra parte, son más heterogéneos y complejos que nunca.

Y, efectivamente, estamos siendo testigos y participantes —que no protagonistas— de un cambio de era y de paradigma en toda regla, con una sucesión de acontecimientos que hace no tanto tiempo parecían impensables, acelerados de unos años a esta parte; de tal forma que hemos pasado de un periodo en el que la hegemonía unipolar y neoliberal angloamericana y sionista de las últimas tres décadas (que vino tras la caída de la Unión Soviética) ha dado paso a un proceso de rápida transformación, en el

que estamos inmersos, con fuerzas y potencias emergentes (principalmente China con apoyo de Rusia y otros actores, los BRICS) que disputan ya abiertamente al imperio angloamericano su arrogancia y su papel global, lo que puede llevar a una conflagración mundial buscada por el primero, en una situación que los politólogos e historiadores hemos convenido en llamar trampa de Tucídides.

El panorama internacional es, en la primavera-verano de 2024, de hecho, no sólo similar a los prolegómenos de la Guerra del Peloponeso, sino especialmente parecido a la de 1914, hace justo 110 años: por aquel entonces, un imperio en decadencia, el Británico, veía su puesto amenazado por la potencia de una Alemania imperial en ascensión constante (en esa fecha hacía tiempo que los alemanes habían adelantado a los británicos en producción industrial). La carrera armamentística que precedió a la guerra, el engranaje de alianzas político-militares de ambas superpotencias y un incidente aparentemente menor en un rincón perdido de la Europa balcánica (el asesinato del heredero al trono austro-húngaro) acabarían prendiendo la mecha de la I Guerra Mundial, que —se pongan como se pongan— fue buscada por los británicos para tratar de frenar el avance del II Imperio Alemán. Las consecuencias, todos lo sabemos, fueron el arrasamiento de la mayor parte de Europa y su fin como eje del mundo, la creación de la URSS y la ascensión de un nuevo imperio que adelantó a los demás: los EE.UU., que tomó el relevo del Británico o en la práctica casi se fusionó o confundió hasta nuestra época con él (ambos eran y son, en realidad, una enorme oligarquía transnacional de corporaciones capitalistas); sin olvidar, el inicio formal vía Declaración Balfour de la alianza férrea, que dura hasta el presente, entre sionismo y mundo anglosajón.

La guerras en Ucrania y Gaza, especialmente la primera, se explican precisamente por esta situación en que el imperio OTAN, anglosajón y sionista busca, no sólo seguir alimentándose de la guerra y los muertos a través de su complejo industrial-militar, como siempre ha hecho; sino sobre todo poner fin al ascenso de ese bloque liderado por China y Rusia, que defiende la teoría de un mundo multipolar, con un discurso e ideas que recuerdan al del movimiento de países no alineados de la primera guerra fría...

Pero dichos conflictos bélicos son solamente los frentes más peligrosos y candentes de una gigantesca partida mundial, en la que la guerra híbrida es permanente y da paso no pocas veces —y de forma rápida— a escenarios de guerra convencional, un enorme juego geopolítico en el que se está reconfigurando el mundo, y en el que el bloque occidental, capitalista y relativista, defensor de antivalores y de la globalización neoliberal, se está quedando paulatinamente solo y aislado; y con él, España, nuestra patria cada vez más desdibujada, arrastrada por las fuerzas internacionales que la dominan y utilizan a su antojo, sin que la mayoría de los españoles sean siquiera conscientes de ello.

Ante esta situación, de creciente tensión y aumento del riesgo de un conflicto mundial generalizado que la OTAN parece buscar, ante esta situación de guerra híbrida y cognitiva en la que estamos cada vez más inmersos, ¿qué postura debemos tomar los falangistas? Por supuesto, continuar alzando la voz más que nunca y redoblar la militancia en todos los frentes: el político, el cultural, el social, el sindicalista, etc. Pero, ¿y en el frente internacional...?

Somos conscientes de que nuestra nación es, desde hace décadas, una mera colonia vasalla del poder anglosionista, que quita y pone gobiernos en España, o crea falsos líderes sacados de la casta partitocrática y masónica del régimen del 78 creado por dicho poder internacional, como Pedro Sánchez o sus predecesores. No tenemos, pues, otra opción que la oposición frontal al imperialismo de los que nos oprimen, controlan y mantienen militarmente invadidos (ahí están las bases militares extranjeras de Rota, Morón y Gibraltar). Considerar la opción de volver nuestros ojos hacia los enemigos declarados de nuestros ocupantes, debería cuando menos estar sobre la mesa. Con pragmatismo, sin engañarnos y siendo conscientes de que no tenemos por qué compartir todo con ellos, pero sí de que la idea de un mundo multilateral en el que EE.UU. y su bloque anglosajón caigan, con todo el entramado formado en torno a entidades globalistas controladas por ellos como la Unión Europea, son la única esperanza de liberación de nuestra patria.

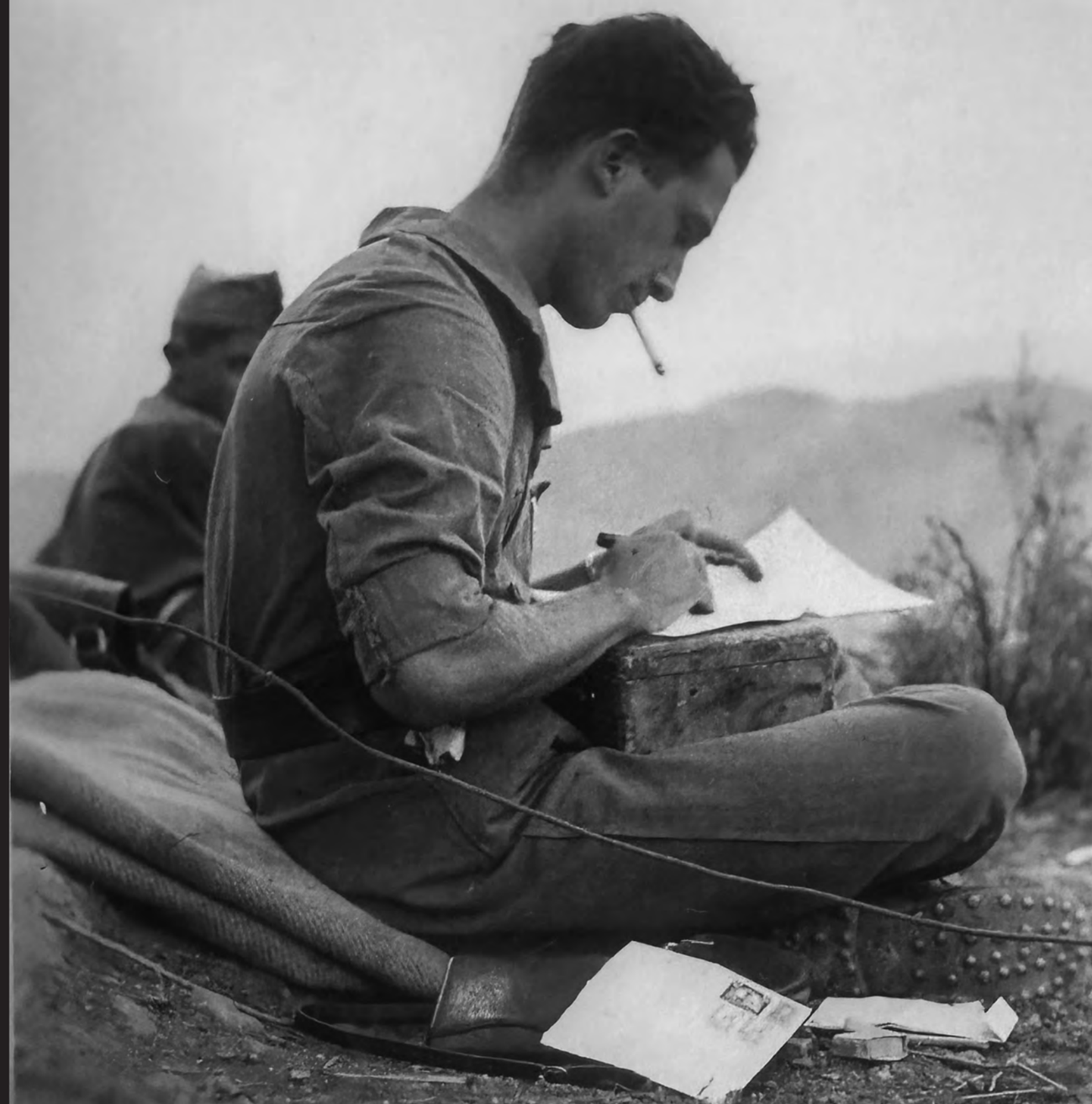
Los falangistas sabemos bien, que España sigue en el fondo teniendo vivas esas fuerzas genuinas a que José Antonio hizo referencia, esos valores que la hicieron muchas veces renacer de sus cenizas, y convertirla en lo que sigue siendo: una de las naciones creadoras de Europa, inspiradora de valores espirituales, defensora de la fe y de los valores del catolicismo, madre patria de la Hispanidad. Seguir defendiendo dicha autenticidad, dichas fuerzas y valores hispánicos eternos sigue siendo el mayor honor y tesoro que tenemos los herederos de Ramiro, José Antonio y Onésimo, y debemos perseverar en ello.

Nuestros enemigos seculares, que hoy nos dominan, también saben lo que España, aunque hoy cautiva, supuso y supone en el mundo; conocen nuestro enorme potencial y trabajan desde hace más de medio siglo para impedir nuestro renacimiento, socavando nuestra identidad, nuestra libertad y soberanía plenas. Sus rivales, el bloque multilateral ahora liderado por chinos y rusos, también lo saben y son conscientes de esa fuerza, de que la Hispanidad representa a casi treinta países del mundo que suponen un 7 % de la población del planeta, y que su cabeza visible es España. Esas son las bazas con las que deberíamos jugar, que deberíamos defender; sin por ello pasar de unas manos a otras, con inteligencia, pero comprendiendo que mientras el imperio OTAN siga siendo hegemónico, España continuará invadida y deshaciéndose lenta, ominosa e imparablemente sin solución posible ■

Envío

A ti, fiel camarada, que padeces / el cerco del olvido atormentado; / a ti, que gimes sin oír al lado / aquella voz segura de otras veces: / te envío mi dolor. Si desfalleces / del acoso de todos y, cansado, / ves tu afán como un verso malogrado: / bebamos juntos en las mismas heces. / En tu propio solar, quedaste fuera, / del orbe de tus sueños hacen criba. / Pero, allí donde estés, cree y espera. / El cielo es limpio y en sus bordes liba / claros vinos del alba, primavera. / Pon arriba tus ojos, siempre arriba.

Ángel María Pascual (Pamplona, 1911-1947)



Soldado de la División Azul.
[Fotografía cedida por Pablo Sagarra].

San Miguel Arcángel, defiéndenos en la batalla; sé nuestro amparo contra la perversidad y asechanzas del demonio. Reprímale Dios, pedimos suplicantes, y tú, Príncipe de la Milicia Celestial, arroja al infierno con el divino poder a Satanás y a los demás espíritus malignos que andan dispersos por el mundo para la perdición de las almas.

FE DE LAS JONS

LA FALANGE